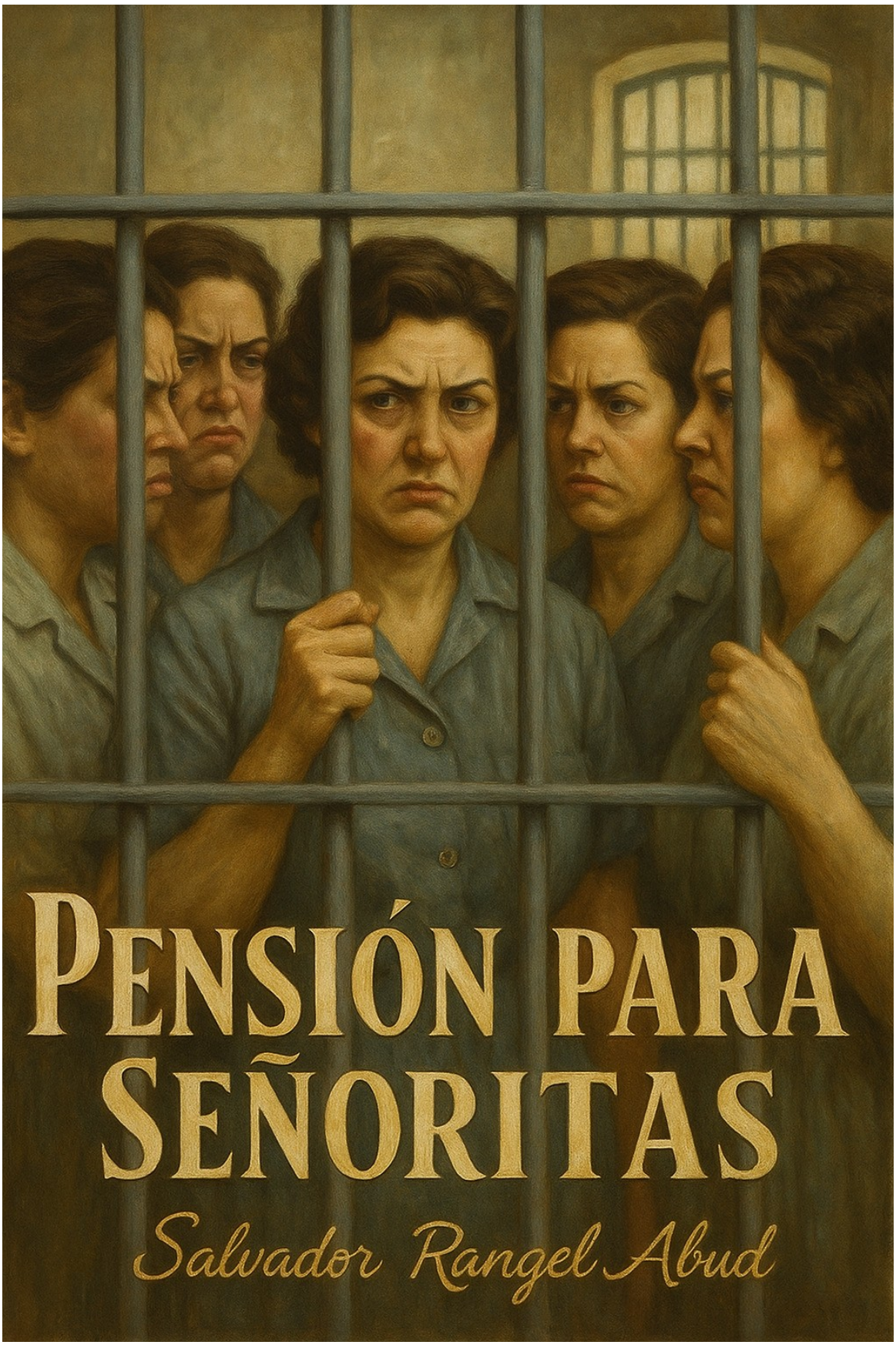
PENSIÓN PARA SEÑORITAS
Salvador Rangel Abud

PENSIÓN PARA SEÑORITAS

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

En Santa Águeda no se reza, se blasfema en silencio. La fe aquí es un lujo tan absurdo como esperar indultos presidenciales o champú de marca. Las mujeres mastican su pasado con la misma fruición con que las ratas devoran las migajas del comedor: ávidamente, sin remordimientos, y con una satisfacción casi obscena.

Pensión para señoritas, le llaman. Qué eufemismo tan pulcro para este mausoleo de esperanzas truncadas. Como si nombrarlo con delicadeza pudiera ocultar el hedor de vidas podridas que el sistema judicial ha decidido guardar aquí, fuera de la vista, fuera de la conversación, fuera de cualquier historia que la sociedad prefiera contarse sobre sí misma.

Diez mujeres. Diez capítulos. Diez versiones de la inocencia.

Lencha la carterista, que solo quería comer. Rosario la timadora, que solo quería prosperar. La Malagueña, que solo hacía negocios. Sor Petronila, que solo cumplía la voluntad de Dios. La Güera Jacinta, que solo tomaba prestado. Doña Matilde, que solo cocinaba. Abundia la coyota, que solo ayudaba a cruzar. Gracia la devota, que solo rezaba. Delia la asesina, que solo se defendía. Y Sofía la inocente — la única que lleva ese apelativo en el título, lo cual en esta novela es la señal más clara de que su historia es la más complicada de todas.

Pensión para Señoritas es una novela coral de humor negro y compasión simultáneos, narrada desde el único lugar donde la sociedad guarda lo que no quiere ver. El epílogo se titula "Todas se lo merecían" — con la ironía exacta que merece esa afirmación.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela transcurre en una cárcel de mujeres y aborda con franqueza los delitos, las circunstancias y las historias de vida de sus internas, incluyendo tráfico de personas, infanticidio, asesinato y otros crímenes narrados desde la perspectiva de quienes los cometieron. Contiene humor negro de alta densidad y una compasión que no excluye la honestidad sobre lo que cada personaje hizo. No contiene violencia gratuita. Sí contiene la clase de incomodidad que produce escuchar versiones de la inocencia que uno no está seguro de poder refutar del todo.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública, además de escritor aficionado.

En *Pensión para Señoritas* su conocimiento de las instituciones y su capacidad de observar sin juzgar — o de juzgar con la distancia precisa que permite el humor negro — produce una galería de personajes femeninos que el sistema preferiría que no tuvieran voz ni historia. Esta novela les da ambas cosas.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Pensión para Señoritas

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela coral / Humor negro / Ficción carcelaria

Extensión: ~21,815 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 10 capítulos + Epílogo

Ambientación: Santa Águeda — cárcel de mujeres, México

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que el sistema judicial raramente se hace: ¿qué hay detrás de una condena? No en el sentido jurídico — ese está documentado en el expediente — sino en el sentido humano: quién era esta mujer antes de convertirse en su delito, qué la trajo aquí, qué versión de su propia historia carga consigo en este lugar donde nadie la escucha.

Cada una de las diez internas de Santa Águeda es inocente según su propio relato. Eso no significa que no hayan hecho lo que hicieron. Significa que la inocencia, vista desde adentro, siempre tiene una narrativa más complicada que la que cabe en un veredicto.

El eufemismo del título no es solo una broma. Es también una denuncia: la forma en que nombramos las cosas dice todo sobre lo que decidimos no ver.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

cárcel de mujeres · novela coral · humor negro · inocencia · sistema judicial · México · ficción carcelaria · personajes femeninos · denuncia social · compasión · novela en español · identidad · delito · eufemismo · justicia

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre el crimen sino sobre las historias que preceden al crimen y que el veredicto borra. A lo largo de sus diez capítulos, *Pensión para Señoritas* explora la inocencia como construcción narrativa que cada persona elabora sobre su propia historia con una coherencia que el sistema judicial no está diseñado para escuchar, el eufemismo como forma de violencia simbólica — llamar "pensión para señoritas" a una cárcel es una forma de invisibilizar a quienes están dentro —, la galería coral como estructura que impide reducir a ninguna de las diez mujeres a su delito porque cada una ocupa su propio capítulo con su propia voz, el humor negro como registro que no trivializa sino que hace soportable lo que de otra manera sería simplemente insoportable, y el epílogo como inversión final de la lógica del sistema: "Todas se lo merecían" dicho con la ironía de quien sabe exactamente lo que esa frase significa cuando la pronuncia alguien que nunca estuvo dentro.

CITAS DESTACADAS

"En Santa Águeda no se reza, se blasfema en silencio."

"Pensión para señoritas, le llaman. Qué eufemismo tan pulcro para este mausoleo de esperanzas truncadas."

"Las mujeres mastican su pasado con la misma fruición con que las ratas devoran las migajas del comedor: ávidamente, sin remordimientos, y con una satisfacción casi obscena."

"Cada una es inocente según su propio relato. Eso no significa que no hayan hecho lo que hicieron."

"Todas se lo merecían. Claro que sí."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *Pensión para Señoritas* un territorio narrativo cercano, con el humor y la compasión que caracterizan a su autor.

Elena Poniatowska (*Hasta no verte Jesús mío*): la voz femenina popular mexicana elevada a literatura sin perder su autenticidad ni su capacidad de incomodar. Pita Amor y la tradición del humor negro mexicano: la risa como forma de sobrevivencia ante condiciones que no admiten otra respuesta.

Orange is the New Black (Piper Kerman): la cárcel de mujeres como espacio donde las historias de vida se acumulan con una densidad que ningún expediente judicial puede contener. Rosario Castellanos (*Balún Canán*, *Oficio de tinieblas*): la mujer mexicana enfrentada a un sistema que la define antes de que ella pueda definirse, con la dignidad de quien no pide permiso para existir.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta novela comparte la arquitectura coral de *Los Experimentos de Mathilda* — un capítulo por personaje — pero opera en el registro opuesto: donde aquella es luminosa y nórdica, esta es oscura y profundamente mexicana. Ambas demuestran que la estructura coral funciona en cualquier registro cuando los personajes son suficientemente reales.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Cada interna tiene su propia versión de por qué es inocente. ¿Alguna de esas versiones le resultó convincente? ¿Cuál, y por qué?

El capítulo 10 se titula "Sofía la inocente" — la única que lleva ese apelativo sin ironía aparente en el título. ¿Cómo cambia eso su lectura de su historia?

El título de la novela es un eufemismo deliberado. ¿Qué otros eufemismos usa la sociedad para nombrar lo que prefiere no ver, y qué función cumplen?

El epílogo, "Todas se lo merecían", puede leerse como la voz del sistema o como ironía del narrador. ¿Cuál de las dos lecturas le parece más perturbadora?

La novela usa el humor negro para narrar situaciones que en otro registro serían insoportables. ¿Cree usted que ese humor protege al lector o lo hace más vulnerable a lo que la novela quiere decirle?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). Pensión para Señoritas. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. Pensión para Señoritas. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. Pensión para Señoritas. Internet Archive, 2026.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Correo electrónico: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud es autor de más de cincuenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula

ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ciencia ficción de base científica, la ficción especulativa política y —como demuestra esta entrega— la novela coral carcelaria de humor negro con corazón de compasión. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Hay un acuerdo tácito entre la sociedad y sus cárceles: la sociedad pone a las personas ahí dentro y deja de pensar en ellas. Las llama "señoritas" para no tener que llamarlas lo que son: mujeres con historias que el sistema no tuvo tiempo ni interés de escuchar antes de condenarlas.

Pensión para Señoritas rompe ese acuerdo. No para absolver a nadie — Lencha robó, Delia mató, La Malagueña traficó — sino para recordar que detrás de cada veredicto hay una vida que no empieza ni termina en el expediente. Que la inocencia, vista desde adentro, siempre es más complicada que la culpa vista desde afuera. Y que un sistema de justicia que no se hace esa pregunta no es un sistema de justicia — es un sistema de archivo.

Santa Águeda guarda lo que la sociedad prefiere no ver. Esta novela abre la puerta.

© 2026 Salvador Rangel Abud · CC BY-NC-ND 4.0 ·
wrangel.1352@gmail.com · Internet Archive

INDICE

Prólogo: Aquí caben todas
Capítulo 1: Lencha la carterista
Capítulo 2: Rosario la timadora
Capítulo 3: La Malagueña (tratante de blancas)
Capítulo 4: Sor Petronila la infanticida
Capítulo 5: La Güera Jacinta (ladrona de monjas)
Capítulo 6: Doña Matilde “la hipocondriaca”
Capítulo 7: Abundia la coyota
Capítulo 8: Gracia la devota
Capítulo 9: Delia la asesina
Capítulo 10: Sofía la inocente
Epílogo: Todas se lo merecían

Prólogo

Aquí caben todas

En Santa Águeda no se reza, se blasfema en silencio. La fe aquí es un lujo tan absurdo como esperar indultos presidenciales o champú de marca. Las mujeres mastican su pasado con la misma fruición con que las ratas devoran las migajas del comedor: ávidamente, sin remordimientos, y con una satisfacción casi obscena.

Pensión para señoritas, le llaman. ¡Qué eufemismo tan pulcro para este mausoleo de esperanzas truncadas! Como si nombrarlo con delicadeza pudiera ocultar el hedor de vidas podridas que se fermenta entre estos muros color hospital público. Aquí no se readapta nada, se des adapta todo: la dignidad, la paciencia, hasta la noción misma del tiempo.

Estas mujeres —fauna variopinta de la desolación nacional— fueron juzgadas tres veces: por la ley (que es ciega pero no sorda a los billetes), por la sociedad (esa hipócrita que aplaude narcocorridos pero se escandaliza cuando una mujer empuña una pistola) y por ese espejo implacable que les devuelve cada mañana un rostro que ya no reconocen como propio. Son las excluidas de la exclusión, las rechazadas del rechazo, la escoria que ni siquiera el infierno quiso reclamar.

No hay santas ni mártires en este purgatorio burocrático, aunque a veces lo finjan con tal maestría que hasta las monjas visitantes caen rendidas ante su teatro barato. Aquí habitan diez mujeres con nombres vulgares y delitos extraordinarios, con risas que suenan a cristales rotos y secretos que huelen a pólvora, a formol, a axilas sin desodorante, a billetes falsos, a culpa cocinada en cazuela prestada.

Lencha, cuyos dedos danzan más ágilmente en bolsillos ajenos que las manos de un pianista en las teclas. Rosario, que transformó el embuste en un sacramento, predicando estafas como quien reparte hostias. Julia, comerciante del dolor ajeno, traficante de sueños rotos con IVA incluido. Amelia, política que blanqueaba dinero y ennegrecía almas con igual

destreza. Quica, más elocuente en sus silencios asesinos que cualquier orador de plaza pública. Bertha, vendedora de espejismos con garantía limitada y cuotas mensuales. Abundia, contrabandista de ilusiones, que cruzaba fronteras con la misma facilidad con que otros cruzan la calle. Gracia, santurrona y embustera, capaz de rezar un rosario mientras planea un crimen. Delia, cuyo corazón se fragmentó con cada bala disparada —aunque nunca tanto como sus víctimas—. Y Sofía, tan perfecta en su inocencia que solo podía ser culpable.

No pretendo, estimado lector, justificar a estas mujeres. No soy abogado defensor ni confesor dominical. Este no es un manual de redención femenina ni un panfleto moralizante donde al final el bien triunfa y el mal se arrepiente entre sollozos telegénicos. Aquí hay historias que apestan a verdad cruda, a realidad sin filtros Instagram, a México profundo sin promoción turística.

Hay humor, sí, pero no el de las comedias románticas donde todo se resuelve con un beso. Es humor de cadalso, de última cena, de velorio sin flores. Risa que corta como navaja de obsidiana. Ironía que penetra más hondo que una bala expansiva.

Si usted cree que las mujeres no pueden ser tan astutas, crueles o corruptas como cualquier hombre, le sugiero que cierre este libro y vuelva a sus telenovelas donde las villanas siempre son rubias operadas y las heroínas lloran con estilo. La realidad mexicana no cabe en esos moldes de plástico. Aquí, la maldad no tiene género, aunque sí tiene hambre, memoria y a veces hasta diploma universitario.

En Santa Águeda, todas se lo merecían. O eso dice el sistema judicial, esa farsa teatral donde la justicia es ciega pero también sorda, muda y, sobre todo, amnésica selectiva.

Como repiten las reclusas mientras se acomodan el uniforme desteñido color calabaza podrida:

—Aquí caben todas, cabrón... aunque sea a putazos.

Capítulo 1

Lencha la carterista

En el barrio de La Esperanza —nombre tan irónico como llamar "Pacífico" al océano que se traga pescadores cada amanecer— la única virtud era la astucia. No se trataba de robar o no robar, sino de hacerlo con estilo o morirse de hambre con dignidad. Aquí nació Lencha, bajo un cielo tan gris como las promesas electorales, en un parto tan discreto como serían después sus manos metiéndose en bolsillos ajenos.

Domitila, su madre, lavaba ropa con la misma resignación con que las beatas limpian altares: como penitencia anticipada. De sus brazos escurrían simultáneamente agua jabonosa y sueños diluidos. Solía decir que "la pobreza no es pecado, pero castiga como si lo fuera". Del padre de Lencha

quedaba menos rastro que de la honestidad en un sexenio: existió brevemente, dejó su semilla y desapareció como subsidio gubernamental tras las elecciones.

La niña exhibió su vocación precozmente. A los seis años, mientras la señora Felipa rezaba a su Virgen de Guadalupe para que le devolviera su medalla desaparecida, el pequeño amuleto brillaba ya en la caja de muñecas descabezadas de Lencha. No era robo —se decía la niña con la lógica implacable de la infancia—, era préstamo indefinido. A los ocho años, sus dedos se habían vuelto más ágiles que su lengua. Mientras sus compañeras aprendían a hacerse trenzas, ella perfeccionaba el arte de desabrochar mochilas sin hacer crujir ni un cierre.

—Sólo quito lo que les sobra —filosofaba con precocidad alarmante.

Para los diez años ya había establecido su código ético personal: no robar a los pobres (reconocía la ironía), ni a los amigos... a menos que fueran excesivamente pendejos. México, pensaba, era un país donde la estupidez debía pagarse como cualquier otro impuesto.

Lencha floreció en los vagones del Metro, ese purgatorio subterráneo donde la clase media se amontona con la misma elegancia que las sardinas en lata. Se transformaba con la facilidad de una actriz del Foro Shakespeare: rebozos, lentes empañados, joroba postiza hecha con el periódico Reforma doblado estratégicamente. Su especialidad era la metamorfosis en ancianita desvalida, esa figura que en el inconsciente mexicano inspira más lástima que respeto, y más descuido que vigilancia.

—La gente —explicaba a quien quisiera escucharla— tiene debilidad por las abuelas. Les recuerdan su pasado, su culpa y su futuro. Triple distracción.

No usaba violencia. Despreciaba a los asaltantes vulgares con sus navajas y amenazas. "Son los políticos del crimen," decía, "sin imaginación, sin finura, pura tradición decadente." Ella, en cambio, se consideraba una artesana. Sus manos trabajaban como tejedoras de Oaxaca: meticulosas, precisas, invisibles. Su delito era casi una caricia, un roce que dejaba al desprevenido sin cartera pero con la dignidad intacta. Al menos hasta que intentara pagar el café.

Lencha no robaba por necesidad sino por destino manifiesto. Había nacido para eso como otros nacen para la poesía o la burocracia. "Cada quien tiene su iglesia," filosofaba, "la mía tiene como santos a los bolsillos descuidados y como hostias las carteras gordas." En su cuarto —un cubículo de lámina y Tablaroca en la azotea de un edificio en Doctores— guardaba su colección particular: identificaciones, credenciales, fotos familiares, notas de amor escritas con la ortografía lastimera de la pasión urgente. No era fetichismo; era antropología urbana. A través de esos fragmentos de vidas ajenas, Lencha construía un mosaico de la ciudad que ningún cronista habría podido captar.

Una mañana de martes —día particularmente bueno para los carteristas, pues la gente aún arrastra la resaca existencial del lunes—, la

metropolitana línea 3 le regaló una presa singular: un poeta urbano que declamaba versos sobre la soledad urbana con una voz tan afectada como sus metáforas. Por venganza estética, Lencha decidió aligerarle los bolsillos. La cartera resultó tan vacía como sus versos (doscientos pesos y un condón vencido), pero contenía un papel manuscrito que decía: "La ciudad me ignora, pero me recuerda cada vez que pierde algo". Lencha sintió un escalofrío, como si el poeta hubiera escrito específicamente para ella. Por primera y única vez en su carrera, experimentó algo parecido al remordimiento. No duró mucho; lo archivó junto a sus demás trofeos y continuó con su arte.

Su caída fue tan predecible como una telenovela de Televisa. Un jueves cualquiera, en la estación Hidalgo, vislumbró a un hombre con traje de Hugo Boss (falso, pero ella aún no lo sabía) y un portafolio que gritaba "soy importante, tengo dinero, descuídame." El tipo emanaba una arrogancia tan densa que Lencha sintió comezón en los dedos. Lo siguió como quien persigue una melodía que no puede sacarse de la cabeza. Ejecutó su obra maestra: un acercamiento calculado, un tropiezo milimétrico, una disculpa murmurada y, en tres segundos exactos, la cartera había migrado del saco ajeno a su bolso.

Lo que Lencha no sabía —porque el destino, además de cabrón, tiene sentido del humor— es que el tipo era policía encubierto del área de delitos menores. Más aún: la venía siguiendo desde hacía semanas, acumulando evidencia videográfica como quien colecciona estampitas de santos.

La detención fue breve y humillante. Tres agentes la rodearon apenas guardó su trofeo. No opuso resistencia. No había dignidad en huir, solo confirmación de culpabilidad. Se acomodó el rebozo con la parsimonia de quien se prepara para una foto oficial y dijo:

—Ni que fuera diputada para que me traten con tanta formalidad. ¿Me van a dar recibo o también eso se lo roban?

El juez que la condenó era uno de esos jóvenes con corbata apretada y ambiciones más apretadas aún. Leyó su expediente —tan extenso como la lista de promesas incumplidas de un candidato presidencial— y pronunció sentencia con la solemnidad de quien inaugura una presa que se derrumbará con la primera lluvia: ocho años por robo reiterado y reincidencia agravada. Lencha apenas levantó una ceja depilada a medias:

—Qué fácil es dar años cuando no son de uno. Como los políticos regalando territorio nacional.

En Santa Águeda, la cárcel para mujeres que olía a desinfectante barato y a resignación añeja, no tardó en hacerse notar. Las demás reclusas la apodaron "La Rata de Seda" —un título que Lencha aceptó con más orgullo que su propio nombre de bautizo. Pronto se convirtió en maestra informal: enseñaba técnicas de distracción, psicología básica del transeúnte, taxonomía de bolsos y carteras. Sus clases usaban calcetines rellenos de piedras como simuladores y a guardias distraídas como ejemplos prácticos.

—El chiste no es meter la mano —explicaba con la paciencia de una maestra rural—, es convencer a la mano de que ya era parte del bolsillo desde antes.

En las noches, acostada en su litera de metal oxidado, contaba sus hazañas como si fueran gestas de la Revolución. Exageraba, por supuesto. Decía que una vez le robó una cartera a un ciego sin que su perro guía ladrara. Que en otra ocasión tomó la billetera de un mago durante su acto, y que el hombre la incorporó al espectáculo fingiendo que era parte del truco. Nadie le creía del todo, pero ¿qué importaba? En Santa Águeda, la verdad era tan escasa como el papel higiénico.

La psicóloga del penal —una muchacha con lentes de pasta y teorías tan frágiles como ellos— intentaba cada mes que Lencha escribiera cartas de arrepentimiento. "Terapia narrativa," lo llamaba. Lencha le entregaba en cambio cuentos fantásticos, instrucciones para robar en el Metro, e incluso una vez, un mapa detallado de los puntos ciegos de las cámaras de seguridad del penal. La psicóloga, mezclando frustración y admiración, finalmente le preguntó:

—¿No te gustaría rehacer tu vida cuando salgas?

Lencha la miró con la dulzura condescendiente de quien explica aritmética a un adulto:

—¿Y usted cree que la mía se rompió? Yo siempre fui entera, licenciada. Nomás que de otro molde, como esas piezas de rompecabezas que parecen no encajar en ningún lado hasta que descubres que son de otra caja.

Por las noches, cuando el penal dormita entre ronquidos y lamentos sofocados, Lencha examina sus manos a la luz mortecina que se filtra por la ventana enrejada. Las estudia como un carpintero jubilado estudiaría sus cinceles: con nostalgia profesional y orgullo técnico. Ya no son tan ágiles. El tiempo y la humedad carcelaria han dejado su marca en forma de pequeños temblores y una rigidez incipiente. Pero siguen siendo suyas, las únicas que no pudieron encarcelar del todo.

—Las manos tienen memoria —susurra a quien quiera escucharla—. Y las mías recuerdan más vidas que un confesionario de catedral.

Mientras las demás reclusas fabrican rosarios con cuentas de plástico y esperanzas recicladas, Lencha construye en secreto un ajedrez. Las piezas las talla de dominós robados y tapas de refresco aplanadas. No es un pasatiempo; es un plan. Cada movimiento que practica es un ensayo para cuando salga. Jura que volverá al Metro, que se colará entre la multitud de rostros anónimos, y que le robará la cartera al mismísimo Secretario de Seguridad durante alguna inspección rutinaria.

—Solo para dejarle una notita que diga: "Aquí estuvo Lencha. Revísese los pantalones... si es que todavía los tiene puestos."

Y se ríe, con esa risa cascada que suena como monedas falsas cayendo sobre mármol verdadero.

Capítulo 2

Rosario la timadora

Rosario nació entre el vapor de los frijoles y el olor a tortillas recién palmeadas, literalmente. Su madre rompió aguas entre el mostrador y la cocina de aquella fonda polvorienta en Tepito, mientras su padre —un hombre con la moral tan elástica como un chicle en día de verano— servía café americano a un grupo de judiciales que, por ironías grotescas del destino, serían años después sus principales clientes y, eventualmente, sus verdugos.

La llamaron Rosario no por devoción mariana sino porque el parto fue tan complicado que su abuela desgranó cinco rosarios completos, escupiendo avemarías entre dientes postizos mal ajustados. Una penitencia anticipada, pensaría después la partera, como si ya supiera que aquella niña terminaría siendo una estación dolorosa en el viacrucis de tantos incautos.

Desde pequeña, Rosario exhibió dos cualidades fundamentales para sobrevivir en el México de fin de siglo: intuyó cómo funciona la psique humana y, más importante aún, cómo manipularla sin dejar rastro de la puñalada. Era como si hubiera estudiado psicología en Harvard, pero con un posgrado clandestino en las cantinas y mercados donde los vendedores convencen a los clientes de comprar lo que no necesitan con dinero que no tienen.

Físicamente, la naturaleza fue generosa con ella en tiempos en que la genética aún no se vendía a plazos en las clínicas estéticas. Alta, de caderas estrechas, ojos que parecían leer pensamientos ajenos y una sonrisa capaz de lograr que un notario firmara el traspaso de su propia casa sin fijarse en la letra pequeña. Su belleza no era obscena ni vulgar: era funcional, como un arma calibrada con precisión suiza.

A los dieciséis años, mientras sus compañeras aún fantaseaban con novios de telenovela y vestidos de quinceañera, Rosario ya había estafado a tres novios, una profesora de ética —deliciosa ironía— y un taxista a quien convenció de invertir en un terreno en Valle de Bravo que solo existía en Google Maps y en su imaginación feroz.

—No es trampa si la otra persona también se está aprovechando —filosofaba frente al espejo mientras se aplicaba lápiz labial como quien afila un cuchillo—. El engañado siempre quiere algo a cambio, algo que no merece. Yo solo cobro el impuesto por su ambición.

Lo extraordinario de Rosario no era su capacidad para el engaño —habilidad tan mexicana como los tamales en febrero— sino la elegancia con que lo ejecutaba. No robaba, no asaltaba, no se manchaba las manos con la vulgaridad de la violencia física. Ella convencía. Convencía como los políticos en campaña, pero con la diferencia de que ella sí entregaba algo:

una ilusión perfecta, un espejismo impecable, un sueño tan bien construido que casi merecía ser verdad.

Su especialidad: pirámides financieras tan perfectas que hasta Carlos Slim habría dudado antes de desmentirlas. Organizaba presentaciones con proyecciones, gráficas ascendentes y testimonios fabricados con la misma verosimilitud con que se fabrican las estadísticas gubernamentales de éxito económico. Ofrecía retornos imposibles pero no absurdos, justo en ese delicado equilibrio donde la ambición vence a la prudencia sin despertar todavía a la desconfianza.

—La gente no quiere hacerse millonaria —explicaba a su asistente, una joven estudiante de administración que le servía de aprendiz y coartada—. Quieren creer que lo merecen, que el sistema por fin reconoció su valía. Yo solo vendo reconocimiento... con intereses compuestos.

A Rosario no la movía el dinero. O no solamente. La excitaba el arte del engaño refinado, el teatro social, la manipulación psicológica llevada al rango de las bellas artes. Se consideraba una artista conceptual del fraude empático, como si Duchamp hubiera decidido dedicarse a las finanzas en lugar de colgar mingitorios en museos.

En su libreta Moleskine (falsa, por supuesto) tenía clasificados a sus "inversionistas" con códigos de colores y perfiles psicológicos. Para las señoras de clase media con hijos universitarios, ternura maternal y promesas de educación garantizada. Para los jubilados, seguridad y nostalgia rentable. Para los hombres de mediana edad en crisis existencial, una mezcla perfecta de admiración profesional y coqueteo sutil que jamás cruzaba la frontera del mal gusto.

Una vez, en un arranque de perfeccionismo digno de un director de escena, alquiló el octavo piso de un edificio corporativo en Reforma. Contrató recepcionistas bilingües, instaló pantallas con cotizaciones bursátiles en tiempo real y hasta puso una máquina de café italiano que servía expreso y cappuccino con la misma facilidad con que ella servía mentiras espumosas. Su oficina parecía sacada de una película norteamericana sobre Wall Street, pero con piñatas discretas en cada esquina.

Daba boletines semanales, organizaba desayunos de "socios prioritarios" y —aquí su genialidad— pagaba puntualmente los primeros retornos. Porque entendía que la confianza, como la virginidad, solo se pierde una vez. Hay que cuidarla hasta el momento exacto de la entrega total.

Su imperio falso de inversiones creció como la espuma, como la corrupción en sexenio nuevo. Parecía invencible, intocable, casi legítima. Hasta que un día, un contador con más escepticismo que calvicie quiso ver los "fondos en Suiza". Y como Rosario no hablaba suizo ni había previsto que alguien quisiera ver más allá del decorado teatral, comenzó la debacle.

La detuvieron un viernes, en plena junta de captación, en el momento exacto en que prometía retornos de 30% en dólares "libres de impuestos y de cuestionamientos éticos". La policía fiscal entró con el mismo estruendo

con que entra la realidad a los sueños: de golpe, sin anestesia, con un ruido que despierta y duele.

Rosario no perdió la compostura. Ni siquiera cuando le pusieron las esposas, que combinaban horriblemente con su traje sastre Carolina Herrera (también falso). Se levantó, agradeció la atención de los asistentes como quien cierra una conferencia TED, y dijo con una sonrisa perfecta:

—Parece que tendremos un pequeño contratiempo operativo. Les recuerdo que todo en la vida es percepción... y liquidez.

El juez que la procesó —un hombre canoso con cara de nunca haber sido feliz— había invertido secretamente quince mil dólares en su "fondo ecológico para rescatar el Amazonas mientras triplica su capital". Dictó sentencia con la acidez de quien acaba de encontrar una cucaracha en su café recién servido.

—Señoría —le dijo Rosario mirándolo con una mezcla perfecta de condescendencia y superioridad moral—, usted no invirtió en un fondo; invirtió en una historia. Y las historias siempre terminan. Algunas bien, otras... como ésta.

La condenaron a doce años por fraude agravado, asociación delictuosa y lavado de dinero —aunque Rosario argumentó que lo suyo no era lavado sino "planchado superficial"—. Entró a Santa Águeda como quien entra a un spa de lujo: con lentes oscuros, carpeta ejecutiva y el aire de quien está haciendo un reportaje de incógnito para National Geographic.

En el penal, rápidamente demostró que ni los barrotes ni el uniforme gris podían encarcelar su verdadera naturaleza. No necesitó más de tres días para establecer un sistema financiero carcelario más complejo que el de algunos países centroamericanos. Organizó "tandas preferenciales", estableció un esquema de créditos con intereses variables según el delito cometido (a mayor violencia, mayor riesgo, mayor interés), y dividió el jabón en acciones comerciables que fluctuaban según la escasez y la temporada de lluvias.

—La economía carcelaria —explicaba a sus compañeras durante el recreo— es como la nacional, pero sincera. Aquí todos sabemos que nos están jodiendo; afuera te lo disfrazan de oportunidad.

Pronto se convirtió en la asesora universal del penal. Repartía consejos financieros, amorosos y existenciales con la misma facilidad con que antes repartía tarjetas de presentación holográficas. Su capacidad para mezclar frases de Paulo Coelho con teorías económicas de Harvard y refranes de su abuela la hacía sonar profunda y accesible al mismo tiempo. Era como escuchar a un gurú financiero, pero en chanclas y con acento de Tepito refinado.

—El dinero es como el agua de Jamaica —pontificaba—. Todos quieren servirla en su mesa, pero pocos saben cuánto azúcar lleva realmente.

Un día, la visitó una periodista que escribía un libro sobre mujeres criminales. Un proyecto pretencioso que, sospechaba Rosario, terminaría siendo un manual de autoayuda disfrazado de investigación social. Aceptó la entrevista más por aburrimiento que por vanidad. Sirvió café instantáneo en vasos de plástico como si fueran tazas de porcelana fina y habló estadísticas, tendencias y porcentajes con la fluidez de una secretaria de Economía.

La reportera, desconcertada por encontrar a una estafadora que parecía más bien subsecretaria de Hacienda en año electoral, finalmente le preguntó:

—¿Se arrepiente de lo que hizo?

Rosario la miró como se mira a un niño que pregunta de dónde vienen los bebés: con una mezcla de ternura y fastidio pedagógico.

—No, me arrepiento de no haber estudiado Derecho. Habría sido una ministra ejemplar de la Suprema Corte. ¿Se imagina? En lugar de vender falsas inversiones, estaría vendiendo falsa justicia. Y con pensión vitalicia.

Hoy, mientras cumple su condena, Rosario espera la libertad con la paciencia estratégica de los gatos. No pierde el tiempo; lo invierte, como siempre. Tiene un plan, naturalmente. Un podcast motivacional titulado "Finanzas desde cero (desde cero pesos hasta cero escrúpulos)", una línea de cosméticos llamada "Conviction Beauty" con el eslogan "Belleza que no se puede encerrar", y una novela autobiográfica que promete "destapar todo el sistema". No especifica cuál sistema, pero suena convincente.

Y si usted, querido lector, piensa que jamás caería en las redes de alguien como Rosario, que su inteligencia financiera lo protegería de semejantes engaños, permítame recordarle algo: cada año, millones de mexicanos votan por candidatos que prometen acabar con la corrupción. Si eso no es fe ciega en pirámides imposibles, entonces Rosario merece realmente estar en prisión.

Aunque ella, desde su celda decorada con recortes de Forbes y The Economist, prefiere verse como una educadora incomprendida:

—No estafé a nadie, solo cobré por adelantado una clase sobre escepticismo financiero. La mejor inversión que pudieron hacer: aprender a desconfiar.

Y sonríe, con esa sonrisa que podría vender arena en el desierto o hielo en el Polo Norte. O peor aún: esperanza en un país que hace tiempo dejó de creer, pero que sigue comprando boletos de lotería cada viernes.

Capítulo 3

La Malagueña (tratante de blancas)

Nadie sabe si realmente nació en Málaga o si lo de "malagueña" era solo un apodo que se inventó para darse un toque de misterio europeo, como esos

restaurantes de colonias populares que se bautizan "Le Petit" algo para cobrar más caro el caldo de pollo. Lo cierto es que a la Malagueña no se le conocía otro nombre, como si hubiera entrado al mundo ya formada, sin partida de nacimiento, sin infancia, sin esas fotos vergonzosas de la primera comunión que todas las madres mexicanas exhiben como trofeos de guerra.

No tenía apellidos, ni acta, ni pasaporte legítimo—aunque disponía de una colección de documentos falsos más extensa que la lista de amantes de un político en campaña. Lo único auténtico en ella era su acento, una mezcla perfecta de español peninsular e inflexiones caribeñas que se deslizaba por los oídos como tequila reposado: suave al principio, quemando después, dejando a sus interlocutores ligeramente mareados y dispuestos a creer cualquier cosa.

Su oficio era tan antiguo como la hipocresía humana. Tan viejo como Eva tentando a Adán, pero con tarifas actualizadas a la inflación y métodos adaptados a la era digital. Fue proxeneta de profesión y empresaria por vocación. La Malagueña jamás se prostituyó—aclaraba siempre con un dejo de superioridad moral tan falso como sus pestañas—ella "coordinaba recursos humanos", "facilitaba encuentros", "gestionaba capital erótico". Hablaba de su negocio con el mismo tono aséptico con que un funcionario de Hacienda explica por qué suben los impuestos mientras bajan los servicios.

—Yo no vendo mujeres —puntualizaba, exhalando humo de cigarro mentolado con una elegancia ensayada frente al espejo—. Vendo fantasías empaquetadas en carne joven. El cliente decide qué hacer con el paquete, como cuando te dan una licuadora en Navidad: la puedes usar para hacer smoothies o dejarla juntando polvo en la alacena.

Había perfeccionado el arte de maquillar la trata de personas con terminología corporativa. Su catálogo era un "portafolio de talentos"; sus víctimas, "asociadas en entrenamiento"; el horror disfrazado de "prácticas profesionales remuneradas". Hablaba de cuotas, de comisiones y de "evaluación de rendimiento" con la frialdad de un gerente de banco negando créditos a jubilados.

Todo comenzó en Ciudad Juárez, esa frontera que no es ni México ni Estados Unidos sino un limbo donde los sueños americanos se pudren bajo el sol del desierto. La Malagueña tenía apenas diecisiete años cuando cruzó la línea, no la geopolítica sino la moral, esa que una vez atravesada no permite regresos. Llegó con una mochila de mezclilla desteñida, una foto arrugada de Rocío Dúrcal —su amuleto personal— y un número telefónico garabateado en la última página de un cuaderno Scribe: "Llámame cuando llegues, güerita. Te tengo trabajo fino de hostess. En tres meses mandas dólares a tu casa".

Y así fue, efectivamente. Solo que el trabajo no era de hostess sino de mercancía en exhibición. No atendía mesas; la atendían a ella en cuartos

con espejos en el techo y sábanas que olían a desesperación y desinfectante industrial. El burdel se llamaba "El Paraíso", con la misma precisión lingüística con que los dictadores bautizan "democráticos" a sus regímenes.

La Malagueña duró ahí seis meses. No porque el encierro la desesperara o porque descubriera su dignidad extraviada bajo la almohada. No. Duró ese tiempo porque fue lo que necesitó para aprender el negocio desde adentro, literalmente. Mientras otras lloraban en los baños o se drogaban para soportar la jornada, ella observaba. Observaba con la atención meticulosa de un antropólogo en una tribu amazónica. Aprendió quién pagaba las cuotas a la policía, quién seleccionaba a las chicas nuevas, quién lavaba el dinero, quién falsificaba los documentos.

Anotaba todo mentalmente, como si estuviera cursando un MBA práctico en administración de la miseria humana. Y una noche, sin despedirse, sin hacer drama, tomó su mochila apenas más pesada que al llegar, "rescató" a tres compañeras —no por compasión sino porque necesitaba capital humano inicial—, robó quinientos dólares del cajón del administrador mientras éste roncaba en borrachera profunda, y desapareció como desaparecen los escrúpulos cuando hay hambre: sin ruido, sin ceremonia, solo un vacío donde antes había algo.

La Malagueña no vendía cuerpos a secas: vendía sueños con fecha de caducidad, envueltos en papel celofán y moño de mentiras. Su método fue perfeccionándose con los años como un virus que muta para resistir antibióticos. Era científica en su maldad, metodológica en su crueldad.

Reclutaba chicas en pueblos olvidados por Dios y por el presupuesto federal, en plazas comerciales de ciudades medianas, en escuelas de modelaje patito, en concursos de belleza municipales donde el premio mayor era una licuadora y la foto en el periódico local. Les hablaba de pasarelas internacionales, de comerciales para televisión, de sesiones fotográficas para catálogos europeos. Les prometía sueldos en euros, departamentos compartidos en zonas turísticas, y lo más importante: una vía de escape de la mediocridad provinciana.

Las llevaba a Cancún, a Los Cabos, a veces a Tijuana, y cuando el negocio creció, a Madrid, Barcelona o Estambul. Al principio, las trataba como princesas: hotel cinco estrellas (por dos noches), ropa de marca (falsificada pero con etiquetas convincentes), maquillaje profesional, sesiones de fotos (que luego se convertirían en instrumento de chantaje). Les enseñaba a vestir, a caminar como modelos, a sonreír con los ojos mientras gritaban por dentro.

Luego empezaba la verdadera educación: cuando ya no podían regresar, cuando el pasaporte había sido "extraviado en trámites", cuando las deudas por avión, hotel, ropa, maquillaje y "publicidad" sumaban cifras astronómicas imposibles de pagar vendiendo perfumes o modelando trajes de baño.

—Miren, mis niñas —les decía con un tono maternal que sonaba tan genuino como los Rolex del mercado de Tepito—, la vida es cara y ustedes no vinieron a sufrir sino a triunfar. Hay muchas formas de acelerar su carrera... algunas requieren menos ropa y más flexibilidad moral.

No le gustaba la violencia física. La encontraba vulgar, ineficiente y mala para el negocio. Chicas con moretones vendían menos, explicaba a sus "encargados" como quien explica aritmética básica a niños lentos. Prefería el terror psicológico, el chantaje emocional, las amenazas veladas, las deudas impagables. Sus cadenas eran invisibles pero más efectivas que cualquier esposa o candado: miedo, culpa, vergüenza, adicciones inducidas estratégicamente.

Las chicas le decían "doña", "señora" o "madrina", según el país y la circunstancia. Algunas, con el tiempo, desarrollaban ese extraño síndrome donde la víctima se identifica con su captor —como votantes que siguen apoyando al partido que los empobreció—. Le regalaban cosméticos en su cumpleaños, le pedían consejos sentimentales, le mostraban fotos de los hijos que habían dejado atrás.

La Malagueña respondía con un afecto dosificado científicamente, como quien pone gotas de cloro en una alberca: ni tan poco que permita infecciones de rebeldía, ni tanto que genere expectativas de salvación.

Su red creció como una telaraña en casa abandonada. Tenía contactos en oficinas de migración, departamentos de policía turística, hoteles de lujo, bares de convenciones. Contaba con agentes de viajes que fungían como reclutadores, fotógrafos que hacían "books" que nunca llegaban a ninguna agencia legítima, y hasta un par de médicos que realizaban "certificaciones de salud" y procedimientos estéticos a crédito —con intereses usureros, por supuesto—.

Usaba la tecnología con la misma destreza que un adolescente, pero con propósitos mucho más oscuros. Apps de citas donde pescaba tanto clientes como candidatas, catálogos digitales cifrados para clientes VIP, sistemas de pago en criptomonedas para no dejar rastro. Era el nuevo milenio de un oficio milenario, la digitalización de la esclavitud.

Nadie sospechaba de ella. Parecía una empresaria más, de esas que dan conferencias sobre empoderamiento femenino y aparecen en revistas de negocios como ejemplo de tenacidad. Vestía con elegancia discreta, hablaba cuatro idiomas con fluidez (aunque solo sabía decir "paga por adelantado" en siete más), y donaba ocasionalmente a causas benéficas—el mejor blanqueador de reputaciones después del cloro.

Hasta que una noche, en un club de la calle Bucareli—uno de esos lugares donde los políticos beben whisky mientras fingen estar en juntas de trabajo—, ocurrió lo impensable. Paulina, la más joven de sus "representadas", una chica de Veracruz con ojos de venado asustado y diecisiete años mal disimulados con maquillaje, vio la oportunidad y corrió. Corrió como quien corre por su vida, porque literalmente lo hacía.

No corrió hacia la puerta principal, donde los guardias de la Malagueña vigilaban con la eficiencia de perros entrenados. Corrió hacia la cocina, atravesó entre meseros sorprendidos, salió por la puerta de servicio y, con una suerte que solo podría atribuirse a ese Dios que parecía haberla abandonado hasta entonces, encontró una patrulla estacionada a media cuadra.

Los policías, que para variar estaban ahí no para proteger sino para cobrar su mordida semanal, inicialmente la ignoraron. Pero Paulina hizo algo inesperado: no pidió ayuda, no denunció trata, no mencionó prostitución— palabras que habrían activado inmediatamente el protocolo de "este problema es demasiado grande para mi sueldo". En lugar de eso, gritó:

—¡Tienen drogas ahí dentro! ¡Cocaína, kilos! ¡Y no están pagando su cuota completa!

Como por arte de magia, aquellos policías indiferentes se transformaron en agentes incorruptibles. Porque si hay algo que la policía mexicana no perdona, no es el crimen, sino la falta de respeto a los acuerdos económicos del crimen.

Y así comenzó la caída. Paulina no solo escapó: se convirtió en testigo protegido. Entregó nombres, fechas, lugares, métodos de operación. Mostró capturas de pantalla de conversaciones, fotografías comprometedoras, recibos de transferencias. Cantó como soprano en domingo de misa, con virtuosismo y devoción.

La policía —esa misma que durante años había recibido sobornos para mirar hacia otro lado— armó un operativo con más cámaras que efectivos, más ambición mediática que eficiencia real. La detuvieron en el aeropuerto internacional, cuando estaba a punto de abordar un vuelo hacia Ámsterdam, con dos pasaportes diferentes, una maleta llena de lencería cara y contratos de "management artístico" que pesaban más por las implicaciones legales que por el gramaje del papel.

La Malagueña no lloró. No gritó. No montó escándalo. Con la serenidad de quien ya ha ensayado mentalmente este momento, simplemente preguntó si podía fumar un último cigarrillo antes de que le pusieran las esposas. El comandante a cargo, queriendo aparecer más duro de lo que era para las cámaras, negó la petición con brusquedad teatral.

—Eso viola mis derechos humanos —replicó ella con una sonrisa que desarmaba por lo auténtica.

—Sus derechos terminaron cuando empezó a vender los de otras — respondió el policía, sorprendiéndose a sí mismo con una frase que parecía sacada de película gringa.

El juicio fue un circo mediático que habría hecho sonrojar hasta a un político morenista. Activistas feministas y religiosos conservadores —extraños compañeros de cama— exigían cadena perpetua. Empresarios de la vida nocturna financiaban discretamente a su defensa, temerosos de que la

Malagueña, acorralada, decidiera cantar el repertorio completo de sus clientes VIP. Periodistas destapaban cada día un nuevo horror, una nueva conexión, un nuevo nivel de complicidad institucional.

La sociedad mexicana, como siempre, se dividió. Estaban los que decían que era un monstruo sin alma, los que argumentaban que las chicas sabían perfectamente a lo que iban, y hasta los que sugerían que en un país con tan pocas oportunidades para las mujeres, al menos les había dado trabajo. El México profundo, contradictorio y herido, exhibiendo sus costuras más dolorosas.

La Malagueña, durante todo el proceso, mantuvo un silencio estratégico. No se defendió públicamente. Sabía que cada palabra podía ser un clavo más en su ataúd legal. Solo habló una vez ante el juez, cuando este le preguntó si tenía algo que decir en su defensa.

—Si quieren nombres reales, necesito inmunidad —dijo con la tranquilidad de quien sabe que tiene un as bajo la manga—. Lo que yo vendía, otros lo compraban. Y esos "otros" están sentados más cerca de usted, señor juez, que de mí.

No le concedieron inmunidad. El sistema prefirió un chivo expiatorio perfecto a abrir la caja de Pandora que salpicara hacia arriba. La condenaron por trata de personas, lenocinio, explotación sexual agravada y uso de documentos apócrifos. Diecisiete años de prisión. Una sentencia que sonaba a justicia en los periódicos, pero que apenas representaba unos meses por cada vida destrozada.

Entró a Santa Águeda con la misma dignidad con que María Antonieta debió subir al cadalso: barbilla levantada, paso firme, maquillaje discreto pero impecable. Sus tacones no eran ya de aguja sino bajos, reglamentarios, pero caminaba como si aún desfilara sobre alfombra roja.

Ahora, la Malagueña es la reclusa más temida del penal. No por violencia física—sus manos delicadas jamás se han manchado de sangre directa—sino por lo que sabe. Conoce secretos de todas: quién mató realmente, quién encubrió, quién se prostituyó antes de entrar, quién tiene hijos que nadie visita. Información: la única moneda que no pueden confiscarte al entrar a prisión.

Aconseja a las nuevas no desde la solidaridad sino desde el cálculo. Guía a las débiles no desde la compasión sino desde la inversión a futuro. Manipula a las fuertes no desde el miedo sino desde la inteligencia estratégica. Ha creado en Santa Águeda una micro réplica de su imperio caído: tiene "colaboradoras" que le consiguen cigarros, información, favores. Las trata bien, al principio. Les presta cosas, les escribe cartas a familiares, les consigue mejores turnos en la cocina. Luego, cuando la deuda moral es impagable, empieza el verdadero negocio.

Se rumorea entre las internas que lleva un diario—un cuaderno escolar forrado con papel de estraza para disimular—donde escribe cada historia que escucha. Las transcribe con nombres cambiados y finales alternativos,

como si estuviera creando un universo paralelo donde ella no es una tratante de blancas sino una novelista incomprendida.

Una tarde de visitas, cuando el patio se llenó de familiares con tuppers de comida casera y conversaciones incómodas, alguien le preguntó —una psicóloga practicante demasiado joven para entender los límites de su propia curiosidad— si se arrepentía, si había aprendido algo, si volvería a hacerlo.

La Malagueña levantó la vista hacia el cielo gris que se filtraba entre las rejas, inhaló profundamente como quien saborea un recuerdo delicioso, se acomodó el rebozo tejido artesanalmente por alguna de sus "protegidas" y respondió con una sinceridad perturbadora:

—Si tuviera veinte años menos y dos pasaportes más —hizo una pausa dramática, perfectamente calculada—, no cometería los mismos errores... Los cometería nuevos, más inteligentes. Porque mientras haya sueños a la venta, siempre habrá clientes dispuestos a pagar. Y alguien tiene que ser el intermediario de las ilusiones rotas.

Y sonrió, con esa sonrisa que no llegaba a sus ojos pero que había convencido a tantas chicas de que el infierno era solo una escala en el camino hacia el paraíso prometido.

Capítulo 4

Sor Petronila la infanticida

Antes de que la santidad la poseía como una enfermedad terminal, se llamaba Petra de los Ángeles, aunque los ángeles jamás se dignaron a descender al lodazal donde vino al mundo. Nació en un octubre de lluvias furiosas, en una habitación que más parecía el closet olvidado de Dios: sin ventanas, sin aire, sin la decencia de una mirada compasiva. Una habitación que se escondía como un tumor en la espalda de un caserón aristocrático donde su madre, esa sombra perpetuamente encorvada, limpiaba excrementos ajenos a cambio de las sobras que ni los perros de la casa querían.

Petra era una niña-alambre, un esqueleto ambulante coronado por unos ojos que habían nacido ya viejos, como si en el útero materno hubiera presenciado la creación y el apocalipsis. Nadie la tocaba con afecto; los brazos humanos solo la alcanzaban para sacudirla como un trapo o para apartarla como quien espanta a un insecto.

Su madre, una mujer que confundía la fe con el terror y el terror con la salvación, la entregó a la Iglesia como quien paga una deuda. "Para que el Señor me perdone mis culpas", repetía con la mirada extraviada entre el incienso y la miseria. Y así, a los diez años —edad perfecta para crucificar la infancia—, Petra fue depositada como un paquete defectuoso en el Convento de las Hermanas Reparadoras del Corazón Doliente de Jesús. Un nombre demasiado largo para un lugar demasiado estrecho, donde la fe se

servía fría como un veneno lento, a base de ayunos que deformaban el cuerpo y oraciones que atrofiaban la mente.

Allí, Petra fue educada —si llamamos educación a ese proceso de extirpar sistemáticamente la personalidad— entre mujeres vestidas de negro que parecían ensayar cotidianamente para su funeral, y crucifijos que sangraban con más entusiasmo que sus propias entrañas durante la menstruación.

¿Qué otra opción tenía Petra, esa niña sin apellido, sin dote, sin belleza ni gracia alguna que sedujera al mundo? Ninguna, por supuesto. Por eso aprendió a deslizarse por los pasillos como una bacteria inofensiva, a descifrar los salmos sin cometer la imprudencia de comprenderlos, a tragar con gratitud la sopa aguada que sabía a lo que debe saber el purgatorio: a nada y a todo al mismo tiempo. La rutina, ese látigo invisible, se convirtió en su único consuelo. Y cuando cumplió diecisiete años —una edad que en otras jóvenes marca el florecimiento del deseo—, Petra tomó los votos perpetuos y un nuevo nombre: Sor Petronila, como si agregar dos sílabas a su identidad pudiera hacerla más digna de ser recordada.

La asignaron a la enfermería del convento, un cubículo lúgubre que olía a alcanfor, formol y almas en espera de ser reclamadas. No la eligieron por vocación médica alguna —la ciencia y la fe en ese convento mantenían una distancia más grande que la que separa al cielo del infierno—, sino por su mansedumbre patológica y su talento para no hacer las preguntas que no debía hacer. Pero fue precisamente allí, entre catres que crujían como si albergaran fantasmas y frascos polvorientos con etiquetas ilegibles, donde Sor Petronila comenzó a desentrañar el gran misterio del cuerpo femenino: ese laberinto de carne y sangre, ciclos y secretos, que la Iglesia prefería mantener envuelto en un sudario de ignorancia.

Las primeras que acudieron a ella con el vientre hinchado como acusación fueron las internas del colegio adyacente al convento: niñas ricas con apellidos antiguos y moral extraviada, enviadas por sus familias para que la religión las blanqueara como se blanquea la ropa sucia. Algunas eran apenas púberes con rostros de muñeca y cuerpos violados por jardineros, profesores, o —en una ironía que casi hace reír al diablo— por sacerdotes itinerantes que sembraban en ellas algo más que la palabra de Dios. La institución, claro está, miraba hacia otro lado con una habilidad que haría envidiar al propio San Pedro, y las muchachas, aterrorizadas ante el espectro del escándalo familiar, se arrastraban hasta la enfermería como perras heridas, sin atreverse siquiera a pronunciar la palabra "embarazo".

A Sor Petronila no le temblaba el pulso ni la conciencia. Les hablaba con la misma neutralidad con que se recita el Credo, con ese tono que no es compasión ni crueldad, sino una eficiente ausencia de emoción. A veces lograba interrumpir la gestación con brebajes de ruda tan amargos como su propia existencia, o con baños de agua helada que congelaban más que el feto: congelaban cualquier esperanza. Otras veces, cuando llegaban tarde —porque la biología es más puntual que la prudencia—, se encargaba de

los partos con un sigilo que parecía sobrenatural. De madrugada. Entre sábanas mordidas para ahogar los gritos. Sin testigos. Sin registros. Sin llantos.

La primera muerte fue, quizás, accidental. El niño emergió del vientre materno más pálido que una hostia, sin el aliento que distingue a los vivos de los muertos. La madre, una interna de quince años que aún coleccionaba estampitas de santos, apenas respiraba, perdida en un limbo de dolor y morfina casera. Sor Petronila envolvió el minúsculo cadáver en una sábana gastada y lo depositó en una caja de zapatos —qué irónico que quien nunca llegó a caminar tuviera por féretro un receptáculo para pies—. Luego cavó en el jardín del convento, bajo un limonero cuyo ácido fruto parecía burlarse de la dulzura que jamás probaría esa criatura. La tierra allí era más blanda, como si estuviera acostumbrada a recibir secretos. Nadie preguntó. Nadie pregunta nunca en los conventos; la curiosidad es un pecado peor que el infanticidio.

Después vinieron más. Y ya no fue un accidente, sino un método. Una vocación perversa que Sor Petronila ejercía con la misma dedicación con que otras monjas bordaban manteles para el altar o preparaban mermeladas para el obispo.

Cada historia tenía su propia tragedia, aunque para Petronila todas se fundían en una sola letanía de desgracias idénticas. Una joven, llamada Florentina —nombre de santa mártir, ironías del destino—, llegó sangrando una madrugada después de haberse lanzado por la escalera de la biblioteca. El culpable de su desesperación: el profesor de gramática, un cuarentón de aspecto solemne que le había enseñado la conjugación del verbo "amar" con práctica incluida. Otra, hermana menor de una aristócrata con más escudos nobiliarios que escrúpulos, fue violada por el capellán del colegio durante una confesión que se prolongó más de lo doctrinalmente necesario. Cuando Sor Petronila la recibió, la muchacha parecía una muñeca rota: ojos vidriosos, labios sellados por un silencio que duró días. Petronila la atendió con esa ternura gélida que había perfeccionado, ese cuidado distante de quien sabe que no debe crear vínculos con la carne que pronto será polvo.

Los niños nacían, sí. Algunos llegaban vivos al mundo, agitando puñitos diminutos como si protestaran contra su breve existencia; otros ya venían sin fuerzas, como si hubieran gastado toda su energía vital tratando de no nacer. Todos, sin excepción, eran eliminados sin alboroto, sin aspavientos, con la misma eficiencia pastoral con que se apagan las velas del altar. A veces, Petronila los sumergía en agua helada apenas coronaban, como si les ofreciera un bautismo invertido que los enviaba directamente al limbo. Otras, simplemente no los estimulaba a respirar, dejando que la transición entre el útero y la muerte fuera tan breve como un parpadeo. Las madres, sedadas con láudano o atontadas por el dolor, apenas se enteraban. Al despertar, Petronila ya había escrito el final de la historia: el pequeño cuerpo enterrado bajo los rosales o incinerado en el horno viejo de la cocina

conventual, ese que nadie usaba desde que la Madre Superiora decidió que los pasteles eran una tentación demasiado mundana.

No lo hacía por crueldad —o eso se repetía en sus oraciones nocturnas—. Lo hacía por una retorcida forma de compasión, por una misericordia tan oscura como los rincones del convento. "Mejor un alma limpia que un cuerpo condenado", murmuraba mientras lavaba las sábanas ensangrentadas, como si el agua y el jabón pudieran limpiar también su conciencia ennegrecida.

Durante casi dos décadas, Sor Petronila gobernó su pequeño imperio de silencios y tumbas improvisadas. Algunas superioras sabían, por supuesto; pero en la economía moral del convento, el infanticidio resultaba más barato que el escándalo. Las familias de las niñas también preferían un féretro diminuto y anónimo antes que la vergüenza pública. En nombre de la moral católica y las buenas costumbres, se cometían actos que harían sonrojar al mismísimo Herodes.

Pero los cadáveres, como los pecados, tienen la mala costumbre de no permanecer enterrados para siempre.

Una celadora laica, una de esas mujeres que limpia el suelo del convento con más devoción que las propias monjas, comenzó a notar movimientos extraños durante varias madrugadas consecutivas. En una de ellas, escuchó un llanto débil, como de gato recién nacido, que se apagó demasiado rápido. Luego, pasos sigilosos hacia el jardín. No dijo nada en ese momento —la pobreza enseña a callar—, pero tomó nota mental y quizás rezó. Cuando fue despedida semanas después "por problemas de actitud" (léase: por no agachar suficientemente la cabeza), envió una carta anónima al obispo. No por venganza, aseguró después, sino por "el descanso de esas almas inocentes". La venganza, a veces, se disfraza de justicia divina.

La investigación fue tan discreta como puede serlo un circo de elefantes en una cristalería. Pero no tardaron en desenterrar la verdad, literalmente: había al menos siete cuerpos diminutos bajo las flores del jardín conventual, algunos con señales evidentes de manipulación. El escándalo, inevitable como la muerte y los impuestos, estalló con la fuerza de un milagro al revés.

El juicio fue un espectáculo grotesco donde se mezclaban sotanas nerviosas, forenses intrigados y periodistas ávidos de sensacionalismo. Sor Petronila nunca negó nada. Respondía a las preguntas del fiscal con versículos bíblicos sacados de contexto y un estoicismo que los psiquiatras calificaron de "perturbador". Cuando le preguntaron por qué lo había hecho, respondió a los médicos con una sonrisa tenue:

—No los maté. Les ahorré una vida de sufrimiento. Dios sabe cuánto duele venir a este mundo sin ser deseado. Yo misma lo sé.

El jurado, compuesto por ciudadanos que preferían creer que los conventos eran lugares de pureza y oración, no apreció su sinceridad teológica. La

condenaron a cuarenta y cinco años por homicidio múltiple y ocultamiento de restos humanos. Una sentencia que Sor Petronila recibió con la misma serenidad con que recibía la comunión: como algo inevitable y misterioso que no requiere comprensión, solo aceptación.

En la prisión de Santa Águeda —nombre apropiado para una santa a quien le cortaron los pechos como castigo—, Sor Petronila reprodujo con meticulosa exactitud su rutina conventual. Se levanta al alba, cuando las estrellas aún parpadean como ojos de niños asustados. Reza completas e incompletas. Escribe salmos en las paredes con un lápiz mordisqueado. Camina en círculos perfectos por el patio, como si estuviera recorriendo un claustro invisible. No habla con las otras reclusas, esas pecadoras vulgares que mataron por pasión, por dinero o por descuido, no por misericordia divina como ella. Algunas la evitan, persignándose cuando pasa. Otras la llaman "la monja de los muertos" o "la partera del limbo".

Una tarde, una interna joven recién llegada —una muchacha con más curiosidad que prudencia— la abordó mientras Petronila desgranaba su rosario en un rincón del patio.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó con ese tono que mezcla repulsión y fascinación.

Sor Petronila no alzó la vista de sus cuentas de madera barata. Solo dijo, con la voz plana de quien ha renunciado a explicarse:

—¿Y tú, por qué no lo harías?

La pregunta quedó flotando en el aire como un espíritu sin descanso. Porque en el fondo, lo que Sor Petronila sabía —y el resto del mundo prefería ignorar— es que todos somos infanticidas en potencia: matamos al niño que fuimos, al que pudo ser, al que no dejamos nacer en nosotros mismos. Y lo hacemos con la misma frialdad metódica con que ella enviaba pequeñas almas al limbo: por costumbre, por miedo, por una extraña forma de amor torcido que se parece demasiado al odio.

Y mientras tanto, en el jardín del convento, los limoneros siguen dando frutos ácidos, y la tierra sigue blanda, como si aún esperara recibir secretos bajo la luz de una luna cómplice que, como Dios, todo lo ve y todo lo calla.

Capítulo 5

La Güera Jacinta (ladrona de monjas)

En este país donde los nombres se vuelven máscaras y las máscaras destinos, ella tenía el suyo inscrito en el libro de las fatalidades mexicanas mucho antes de que la tinta del registro penal la bautizara como Jacinta Aguado y Ramírez. Para el mundo carcelario que la engulló —ese vientre de cemento y rejas donde las almas se digieren lentamente— era simplemente "la Güera Jacinta": una mujer con la piel de papel amarillento, ojos que habían visto demasiado y una risa que era como quebrar vidrios con los dientes.

Nació en ese México invisible que respira bajo el México oficial, donde la miseria es la única herencia y el hambre la única maestra. Su vecindad era un laberinto de cuartos húmedos separados por sábanas tendidas, donde el tiempo se medía por los gritos de los niños y el paso lento de las gallinas escuálidas que picoteaban la tierra seca. En ese México, el agua llegaba en cubetas prestadas y la fe en oraciones gastadas, transmitidas de boca en boca como las enfermedades. Su madre —¿quién si no?— practicaba el oficio mexicano por excelencia: la curandería, ese sacerdocio pagano donde se mezclan las hierbas con las oraciones, el mezcal con la penitencia. Su padre, si es que alguna vez existió más allá de una noche de alcohol y urgencia carnal, nunca reclamó el germen que había sembrado.

En ese México de teatros superpuestos, Jacinta aprendió el arte supremo del mexicano: la supervivencia como representación continua. Supo robar sin que pareciera robo, mentir sin que la mentira fuera nunca completa, deslizarse entre la legalidad y el crimen con la elegancia de un fantasma que atraviesa paredes.

A los quince años, cuando otras niñas de otro México soñaban con vestidos blancos y votos matrimoniales, Jacinta ya había sido todo lo que puede ser una mujer sin nombre: sirvienta de señoras que le pagaban con sobras, mensajera de cartas que jamás leería, rezadora profesional en los velorios de desconocidos y hasta plañidera que lloraba por los muertos ajenos a cambio de unos centavos y un plato de mole.

Pero el destino —ese director de escena perverso— tenía reservado para ella un papel en la comedia negra del país: descubrió su verdadera vocación en el arte de despojar a las despojadas, en la sutileza de robar a quienes habían hecho voto de pobreza.

Sí: a monjas.

No a las enclaustradas, por supuesto, esas místicas fantasmales que flotaban en conventos de paredes gruesas como el silencio que guardaban. Esas no tenían nada que la Güera pudiera codiciar salvo, quizás, la paz que jamás conocería. No. La Güera prefería las presas fáciles: religiosas de congregaciones modernas, esas que habían cedido a la tentación del mundo exterior y salían a la calle con sus hábitos como uniformes de un ejército beato, cargando bolsas discretas pero repletas: donativos para los pobres (esos a los que Jacinta consideraba sus hermanos de leche), boletos de rifas piadosas, misales con bordes de oro y, a veces, pequeñas fortunas destinadas a causas tan divinas como inalcanzables para los verdaderos necesitados.

El golpe que la inmortalizó en los anales del crimen religioso —ese oxímoron tan mexicano— y que eventualmente la condujo a su Gólgota personal de barrotes y uniformes grises, aconteció durante la visita pastoral de un obispo al colegio de las Hermanas del Sagrado Lazo Perpetuo. Un nombre tan pomposo para una orden tan ingenua no podía sino atraer a Jacinta como la miel a las moscas.

Se presentó vestida con un hábito robado a una novicia enferma, transformada milagrosamente en la "Hermana Francisca del Dolor Purísimo", supuestamente enviada desde Veracruz con la misión divina —¿y qué otra razón podría ser sino divina?— de recolectar limosnas para un orfanato que los masones, esos enemigos mitológicos de toda virtud católica, habían reducido a cenizas en un acto de barbarie anticlerical.

Su interpretación era magistral. Llevaba un hábito que olía a incienso y a sudor ajeno, una carta firmada por una Madre Superiora tan inexistente como los ángeles que decía ver por las noches, y un rosario de cuentas negras que agitaba con la devoción teatral de quien ha ensayado el papel toda su vida. Pero su verdadera arma era esa lengua suelta que podía describir milagros con la precisión de un testigo ocular, y un llanto que brotaba a voluntad como agua de manantial milagroso.

En cuestión de dos días —ese plazo que separa la desconfianza de la devoción— las monjas del colegio habían adoptado a Jacinta como una hermana perdida y reencontrada. Le ofrecieron una celda limpia, sopa caliente de fideos en forma de letras que deletreaban mensajes divinos, y hasta un par de zapatos ortopédicos para sus pies supuestamente llagados por el largo caminar "siguiendo los pasos sangrantes de Nuestro Señor Jesucristo".

La Güera —esa actriz consumada del gran teatro nacional— hizo honor a su apodo, no por el color de su pelo sino por la astucia que el mexicano siempre atribuye a los de tez clara. No robó de golpe como lo haría un vulgar ladrón. Fue sustrayendo pequeños tesoros, como quien deshoja una margarita mística.

Primero fue el incienso, que vendió en el mercado de la Merced a unas ancianas que lo quemaban para ahuyentar espíritus chocarreros, ánimas en pena que regresaban a contar chismes del más allá. Luego se llevó una caja entera de hostias sin consagrar, que ofreció en las vecindades como "galletas bendecidas personalmente por Juan Diego Cuauhtlatoatzin", a madres desesperadas con hijos en presidio. Más tarde, un relicario que, según juraba con la mano en el pecho, contenía un fragmento del mismísimo velo de la Virgen (aunque en realidad era un trozo de cortina barata, desprendido de un burdel de la calle de Mesones).

Durante siete días —número místico, el tiempo que tardó Dios en crear el mundo y Jacinta en destruir la paz del convento— reinó entre aquellas mujeres piadosas como una santa viviente. Las ayudaba a cocinar recitando oraciones inventadas, dirigía los cantos en la capilla desafinando con entusiasmo beatífico, y contaba visiones nocturnas cada vez más elaboradas: "San Martín de Porres me visitó anoche, olía a rosas negras y me habló en latín aunque yo no lo entiendo pero mi alma sí", susurraba durante el desayuno, mientras las hermanas asentían en silencio, creyendo que esa mujer tan espiritual, tan sacrificada, tan mexicana, era una verdadera santa de carne y hueso, una prueba viviente del milagro cotidiano.

Pero la avaricia —ese pecado tan democrático— terminó por traicionarla, como traiciona a todos los mexicanos que aspiran a más de lo que les corresponde en el gran reparto nacional de las miserias.

Durante la misa dominical, en presencia del obispo —un hombre con la piel del color de los billetes que adoraba contar en la intimidad de su palacio— desapareció una caja fuerte portátil que contenía las limosnas del mes: casi cinco mil pesos en efectivo, una joya donada por una marquesa arrepentida de sus adulterios (si no de haberlos cometido, al menos de haberlos disfrutado), y una cruz de oro que pertenecía a la fundadora del colegio. El escándalo fue inmediato y total. Las monjas lloraban con el mismo fervor con que antes rezaban, el obispo gritaba amenazas de excomunión, y la Güera Jacinta ya iba en un tranvía rumbo al centro, despojándose del hábito con la naturalidad de una serpiente que muda de piel, sentada en el vagón de mujeres entre obreras cansadas y vendedoras con canastas que no sospechaban que viajaban con una artista del engaño.

Pero en México, la suerte de los pobres nunca es duradera. Viene en ráfagas como el viento, acaricia y luego desaparece entre risas burlonas. A pocas cuadras de la terminal, una novicia que la había visto subir —tal vez movida por la envidia, ese sentimiento tan católico y tan mexicano— avisó a la policía. La detuvieron en el mercado de La Merced, mientras regateaba el precio de unos mangos con la misma pasión con que horas antes había dirigido un rosario. Le encontraron el dinero envuelto en una camisa de lino y la cruz de oro colgando de su cuello como un segundo crucifijo, profano y resplandeciente.

Intentó interpretar su último papel: el de la loca místicamente desquiciada. Fingió demencia, tartamudeó nombres de santos inexistentes, lloró lágrimas que ya no convencían a nadie. Era demasiado tarde para la redención teatral.

La llevaron a la cárcel y allí, en ese purgatorio terrenal donde México encierra sus contradicciones, confesó todo con el orgullo inocultable del artista que ha ejecutado una obra maestra. Describió sus hazañas con lujo de detalles, como un director de cine que explica cada toma, cada ángulo, cada sombra. Dijo que lo suyo no era el robo sino la vocación verdadera, que había despojado a las monjas porque "ellas tienen fe, y la fe mueve montañas... y donativos". El juez, menos poético y más pragmático, como corresponde a la justicia mexicana que nunca ha entendido el arte del engaño nacional, la condenó por usurpación de identidad religiosa, fraude continuado, hurto agravado y burla pública a la investidura episcopal (este último cargo, invento del obispo humillado, no existía en el código penal pero fue aceptado por el juez, que aspiraba a un puesto mejor).

En la prisión, ese microcosmos donde el México real se concentra y destila, la Güera se convirtió en una leyenda viva, en un mito ambulante. Era la única reclusa que podía vender escapularios fabricados con hilos deshilachados de cobijas carcelarias o conseguir café soluble a cambio de versículos bíblicos recitados al revés, como conjuros paganos. Enseñó a las

otras presas el arte supremo del engaño piadoso: a fabricar hábitos improvisados con sábanas robadas, a fingir visiones celestiales para obtener mejor trato de las guardias supersticiosas, y hasta organizó un vía crucis clandestino con internas que llevaban los ojos vendados "por humildad" mientras ella les robaba los cigarrillos.

—Yo no robo —proclamaba con el orgullo inquebrantable del mexicano que ha perfeccionado su engaño hasta convertirlo en arte—. Yo intercedo por la redistribución de los bienes celestiales en este valle de lágrimas.

La directora de la prisión, una mujer que había visto demasiados engaños para creer en la redención, ordenó que se le prohibiera predicar, consciente del peligro que representaba una mexicana con vocación de santa y manos de ladrona. Le confiscaron una biblia escrita con crayones robados de la oficina administrativa y le cancelaron las visitas. Aun así, la Güera seguía relatando su historia a quien se le acercara, como un evangelio personal y profano. Y siempre concluía con la frase que resumía toda la teología mexicana, ese sincretismo perfecto entre la culpa católica y la astucia indígena:

—Que me juzguen los hombres, que son de barro y viento... yo ya hablé con Dios, y los dos nos reímos un buen rato.

Y en las noches, cuando el silencio caía sobre las celdas como una mortaja, algunas reclusas juraban escuchar a la Güera Jacinta rezando oraciones inventadas, a un Dios que, si existía, tenía que ser mexicano: compasivo con los pecadores creativos y severo con los santos aburridos.

Capítulo 6

Doña Matilde "la hipocondriaca"

Envenenadora accidental de su esposo

En la pensión para señoritas "La Purísima Concepción", ese limbo urbano donde iban a parar las solteronas, las viudas y las pecadoras arrepentidas, existía una ley no escrita pero rigurosamente observada: nadie —ni por equivocación, ni por osadía, ni siquiera por esa rebeldía mexicana que a veces surge como espasmo entre tanta sumisión— podía sentarse en la mecedora de caoba que ocupaba el rincón derecho de la sala común, junto al ventanal de cristales polvorientos y cortinas de flores descoloridas por el tiempo y la desidia.

No era por superstición, ese sentimiento tan mexicano que convierte lo cotidiano en sobrenatural. Era por un respeto casi religioso hacia la propietaria de aquel trono oxidado: Doña Matilde González, viuda de Aldape. Viuda por accidente químico. Asesina por exceso de cuidados. Culpable por una distracción de farmacéutica aficionada.

La llamaban "la hipocondriaca" con ese talento nacional para los apodos que definen mejor que las actas de nacimiento. Pero el mote, lejos de ser caprichoso, era una biografía resumida en cuatro sílabas: su existencia

entera era un catálogo enciclopédico de males imaginarios y remedios reales, de dolencias inventadas y medicinas palpables, de sufrimientos ficticios y efectos secundarios concretos como la muerte.

Desde su infancia privilegiada, Matilde había cultivado una relación íntima con lo patológico. Sufría de afecciones que jamás habían sido diagnosticadas en la historia médica mexicana: sudores con aroma a canela que le brotaban exclusivamente los martes, palpitaciones sincronizadas con las fases de la luna que le revolvían las entrañas durante la noche, una aversión violenta a la albahaca que le producía visiones de santos antiguos comiéndose sus propias llagas, y una alergia rotativa que, con la precisión de un calendario azteca, cambiaba de alérgeno cada veintiocho días como si fuera menstruación de la piel.

Su botiquín personal, que cargaba en una maleta de cuero repujado a todas partes como otros llevan su cartera, era una farmacia ambulante donde se mezclaban medicamentos prescritos por médicos exasperados, pociones recomendadas por curanderas ciegas del mercado de Sonora, píldoras importadas ilegalmente de Europa y brebajes que ella misma preparaba siguiendo recetas que decía haber soñado "en noches de fiebre astral".

Había nacido destinada a la enfermedad perpetua, primogénita y única hija de Don Anselmo González, comerciante próspero de sombreros importados y nacional hipocondriaco también, que la educó entre vapores de sales inglesas, infusiones de camomila alemana y cataplasmas de mostaza francesa. De carácter tan nervioso como el mercurio de los termómetros que se introducía en todos los orificios corporales para medir la temperatura de sus órganos, Matilde profesaba una fe incondicional en lo farmacológico, convencida de que la salvación del alma pasaba necesariamente por la medicación del cuerpo.

Su biblia personal era un catálogo de remedios encuadernado en piel que consultaba con más frecuencia que el Sagrado Libro, subrayando con tinta roja los ingredientes que consideraba "enviados directamente por los ángeles de la química divina". Este evangelio medicamentoso la acompañaba siempre, oculto entre los pliegues de su vestido negro, como un amante secreto de papel y tinta.

Su matrimonio con Don Evaristo Aldape, comerciante próspero de curtidos con fama de estómago invencible, transformó su vida en una tragicomedia conyugal donde ella interpretaba el papel de la moribunda permanente y él, el del esposo escéptico que miraba con desdén los rituales curativos de su mujer.

—No tengo salud para un marido —le decía Matilde a las visitas con gesto dramático, mientras se aplicaba compresas de agua helada en las sienes—. El matrimonio es una exigencia fisiológica que consume las reservas alcalinas del cuerpo y acidifica la sangre hasta volverla negra como el pecado.

Don Evaristo, hombre de pocas palabras y menos paciencia para los delirios de su esposa, la dejaba hacer. La observaba aplicarse ventosas humeantes en la espalda, cubrirse el rostro con cataplasmas verdes que olían a pantano, beber tónicos viscosos de ajo machacado con cebolla y raíces de plantas que él no sabía ni que existían. Mientras tanto, él comía como si cada comida fuera la última, dormía con la placidez de un niño recién bautizado y apenas prestaba atención a los diagnósticos apocalípticos que su mujer pronunciaba sobre su salud: "Estás amarillo, Evaristo, es tu hígado que agoniza"; "Respiras demasiado ruidoso, es el principio de la congestión pulmonar"; "Te cruje la rodilla cuando te levantas, son los huesos que se están disolviendo".

Todo este teatro médico-marital podría haber continuado indefinidamente, como tantos matrimonios mexicanos que subsisten en el ritual y la indiferencia mutua, si no hubiera sido por aquel fatídico día en que Matilde decidió hacerle un favor a su esposo. Un favor mortal.

El drama comenzó con una tos. Una simple tos seca que Don Evaristo arrastraba desde hacía semanas, producto probable de los cigarros baratos que fumaba o del polvo que respiraba en su negocio de cueros. Para cualquier mexicano común, habría sido motivo de un té de canela o, en el peor de los casos, de un jarabe comprado en la botica de la esquina. Para Matilde, aquella tos fue la revelación de un apocalipsis anatómico: "principio de tuberculosis vulgar con tendencia a la inflamación de las meninges y posible degeneración del tejido pulmonar que acabará en licuefacción de los órganos", sentenció con la gravedad de un juez que dicta sentencia de muerte.

Alarmada por la persistencia del carraspeo y convencida de que su diagnóstico era más certero que el de cualquier médico con título, Matilde consultó su grimorio farmacológico y encontró, entre páginas amarillentas manchadas de líquidos misteriosos, la receta salvadora en el capítulo de "Botánica Espiritual para Males Terminales": "Infusión depurativa de raíz de Belladona, con toque de ruda macho y un diente de ajo negro macerado en luna llena".

La preparó como quien ejecuta un ritual sagrado. Seleccionó una tetera de porcelana china que guardaba para ocasiones de enfermedad extrema, limpió sus manos siete veces con alcohol alcanforado, y mientras hervía el agua, recitaba oraciones a Santa Apolonia, patrona de los dolores bucales, mezcladas con versos de un poema porfiriano sobre la muerte digna.

Vertió las hierbas con precisión de alquimista, midiendo cada proporción con la intuición de quien cree estar ejecutando una receta divina. El brebaje resultante, de un color verde oscuro con reflejos purpúreos, despedía un aroma entre dulzón y acre que habría ahuyentado a cualquier ser vivo con instinto de supervivencia. Pero Matilde, en su sabiduría farmacológica autoproclamada, sabía que los remedios más efectivos son precisamente los más repugnantes: "Como la vida misma", solía decir, "lo que cura debe saber a infierno para llevarnos al paraíso de la salud".

Lo sirvió en una taza de porcelana finísima, añadió una cucharada abundante de miel de azahar para "disimular el sabor a muerte necesaria" —como le explicaría después al juez— y se lo llevó a su esposo, que leía el periódico en su sillón favorito.

—Tómalo, Evaristo. Es para que no te mueras tan pronto —le dijo, con ese tono mexicano que convierte las amenazas en promesas y las medicinas en sentencias.

Él la miró con desconfianza, olfateó el brebaje como un animal que intuye el peligro, pero finalmente lo bebió. En México, a veces, el miedo a la esposa es más fuerte que el instinto de conservación. A los pocos minutos, Don Evaristo comenzó a sentir un hormigueo extraño en las extremidades. A los veinte, sus pupilas se habían dilatado tanto que sus ojos parecían dos pozos negros. A la media hora, su respiración se volvió irregular como el pulso de un reloj roto. A las dos horas, yacía tieso como un trozo de cecina sobre la alfombra del salón, con los ojos abiertos mirando hacia un cielo que ya no estaba por encima sino alrededor de él.

La confusión inicial fue total, como corresponde a todo drama mexicano que se respete. La sirvienta gritó, los vecinos acudieron, Matilde se desmayó tres veces consecutivas, recuperándose milagrosamente entre cada síncope para dar nuevas instrucciones sobre cómo debían atenderla a ella. Llamaron al médico, un hombre con bigote de morsa y estetoscopio de plata que al examinar el cadáver y los restos del brebaje en la taza, levantó las cejas con sorpresa científica y espanto humano: "Belladona", dictaminó con tono sepulcral, "en dosis suficiente para matar a un caballo percherón. O a un marido confiado", añadió con esa ironía que sólo los médicos mexicanos dominan después de años de ver morir pacientes por remedios caseros.

La policía fue alertada, y Matilde, aún en bata de dormir y con una rodaja de pepino en la frente "para la migraña postraumática", como explicó con absoluta seriedad, fue detenida mientras preparaba una nueva infusión "para los nervios del susto y la tristeza de la viudez prematura". Sus lágrimas caían sobre las hierbas mientras medía cucharadas de polvo blanco que el comisario confiscó con espanto.

En los interrogatorios, conducidos en una habitación húmeda que ella insistía en diagnosticar como "llena de esporas de hongos neurológicos", Matilde declaró con absoluta honestidad mecánica. Que ella sólo quería salvar a su marido. Que había leído que la Belladona curaba de raíz los desequilibrios pulmonares y las afecciones micóticas del sistema respiratorio. Que la culpa real era de su abuela materna, que le había enseñado a hervir hojas venenosas sin explicarle la diferencia entre dosis terapéutica y dosis letal.

—Yo no soy asesina —decía, entre sorbos delicados de un té de tila que había exigido como derecho constitucional—. Soy terapeuta intuitiva con

conocimientos fragmentarios de la farmacopea universal y la botánica sagrada.

Los jueces, hombres prácticos acostumbrados a las mentiras simples de los criminales comunes, no sabían qué hacer con aquella asesina por exceso de cuidados. La condenaron por homicidio culposo con agravante doméstica, una figura legal hecha a la medida para las esposas que matan sin querer pero queriendo un poco. No ayudó a su defensa que encontraran en su recetario personal una nota escrita a lápiz junto a la entrada de "Belladona" que decía: "Buena para la tos rebelde y males respiratorios... mortal si se abusa (¡ojo! Dosis máxima: tres gotas. Dosis para Evaristo: según sea necesario)".

La cárcel de mujeres se convirtió para Doña Matilde en un nuevo consultorio, más amplio y con pacientes cautivas. Allí, entre los muros grises y las miradas recelosas de las presas, estableció su reino farmacológico. Se transformó en una especie de boticaria de pasillo, chamana carcelaria que recetaba jarabes hechos con chiles disecados macerados en su propia saliva "para potenciar las propiedades curativas", vendía ungüentos para las hemorroides de las celadoras que juraban sentir alivio instantáneo (quizás por miedo a ofenderla), y hacía diagnósticos complejos a partir del color de la lengua, la forma de las uñas o el sonido de los eructos después de la comida.

Su fama creció tanto que las autoridades carcelarias terminaron por acostumbrarse a su presencia médica. Hasta la directora del penal la llamó una vez para que examinara a su gato siamés, un animal aristocrático que no comía desde hacía tres días y maullaba con "acento francés", según Matilde.

—Tiene estancamiento emocional y melancolía felina —sentenció con la seguridad de un catedrático de medicina—. Necesita un laxante suave a base de aceite de ricino y un poco de albahaca machacada bajo la lengua para espantar los recuerdos de sus siete vidas anteriores.

El gato murió dos días después. Nadie culpó a Matilde. "Es que era viejo y además extranjero, no estaba acostumbrado a los remedios nacionales", dijeron las celadoras. Y así, paradójicamente, su autoridad médica se reafirmó. En México, a veces el fracaso absoluto es la mejor credencial.

Con las demás internas, Doña Matilde compartía generosamente sus teorías médicas revolucionarias: que el cuerpo femenino tiene doce centros de calor (siete visibles y cinco ocultos que sólo se activan después del matrimonio), que los pies sudan el resentimiento acumulado durante la niñez, que la bilis responde directamente a la envidia de la suegra incluso cuando ésta ya ha fallecido, y que las menstruaciones irregulares son en realidad conversaciones del útero con la luna.

Recibía visitas regulares de viejas comadres que burlaban la seguridad carcelaria escondiendo yerbas prohibidas entre los pliegues de sus rebozos, revistas médicas anticuadas que Matilde leía como quien descifra mensajes

divinos, y hasta cartas de familiares lejanos que le preguntaban cómo tratar desde un empacho infantil hasta una impotencia marital, confiando más en el diagnóstico de una envenenadora que en el de un médico titulado.

Lo verdaderamente sorprendente —ese detalle que hacía de Matilde un personaje tan mexicano como el tequila o la resignación— era que, en medio de tanto diagnóstico ajeno, jamás reconocía su propio error fundamental. Cuando alguna reclusa, en un arranque de sinceridad carcelaria, insinuaba que había asesinado a su esposo, Matilde alzaba la voz indignada, agitando su abanico de papel como un arma:

—¡Fue una sobredosis de amor concentrado en forma líquida! ¿Acaso eso también es delito en este país de desalmados?

Y añadía, con el orgullo inconmovible de quien posee una verdad personal más poderosa que cualquier evidencia científica:

—Peor hubiera sido dejarlo morir de tos. Al menos lo liberé de un catarro que se hubiera convertido en pulmonía, y de una pulmonía que habría evolucionado en tuberculosis. Le evité semanas de sufrimiento. Soy más misericordiosa que la Virgen de Guadalupe, sólo que ella tiene mejor publicidad.

En las noches, cuando el silencio se adueñaba del penal y las respiraciones de las reclusas marcaban un ritmo de fuelle roto, Doña Matilde se sentaba en su litera a recitar con tono teatral, como una actriz que ha olvidado que la función terminó, los ingredientes de sus pócimas mágicas. Las demás internas la escuchaban entre el sueño y la vigilia, como si aquella letanía de nombres botánicos fuera una nana perversa.

Y cuando alguna caía enferma, superando el miedo racional a morir "curada", le pedían consejo. La mitad de las veces mejoraban, quizás por la fe ciega en aquella mujer que había logrado lo que tantas esposas mexicanas apenas soñaban: liberarse del matrimonio con una receta casera. La otra mitad... bueno, la otra mitad no se quejaban nunca más, y eso, en México, también es una forma de curación.

Capítulo 7

Abundia la coyota

Abundia Segura Méndez existía en los intervalos, en ese espacio impreciso donde la geografía se convierte en metáfora y las fronteras en cicatrices mal cerradas sobre la piel de América. En Santa Águeda la llamaban simplemente "La Coyota", apodo que ella recibía con una mueca torcida—mitad orgullo, mitad desprecio—pues sabía que las etiquetas, como los muros, sirven tanto para definir como para limitar. Y Abundia, hija bastarda del desierto y la necesidad, no reconocía límites que no fueran los del ingenio humano.

Las reclusas de Santa Águeda juraban, entre susurros que se arrastraban como serpientes por las celdas de concreto, que Abundia podía materializar

seres humanos de la nada, como un dios menor y blasfemo que juega a la creación con pasaportes falsos y promesas desechables. Otras, más cercanas al hedor de la verdad, decían que podía hacer desaparecer personas con la misma facilidad con que el sol del desierto evapora las lágrimas. No era taumaturgia; era el oficio más antiguo después de la prostitución y antes que la política: el tráfico de esperanza humana.

Altar, Sonora, esa tierra de nadie donde nació, es uno de esos pliegues del mapa donde México se sueña norteamericano y Estados Unidos teme volverse latinoamericano. Un espacio de transición donde los hombres dejan de ser ciudadanos para convertirse en mercancía, donde las mujeres enseñan a sus hijas a no ser bonitas durante el trayecto, donde los niños aprenden a callar antes que a hablar. Un no-lugar que existe solo para ser atravesado. Y Abundia, como buena hija de lo provisorio, aprendió pronto que la transitoriedad era su única herencia.

—La frontera —solía decir mientras exhalaba humo de cigarrillos imposibles en el patio de la prisión— no es una línea, cabrones, es un estado mental. El muro más alto lo llevan ustedes aquí adentro —y señalaba con su dedo índice, amarillento por la nicotina, la sien de quien la escuchara.

Sus inicios en el oficio fueron prosaicos, casi darwinianos: a los siete años ya distinguía entre el migrante que carga dólares y el que solo transporta sueños devaluados. A los doce fungía como vigía, sus ojos de obsidiana registrando el horizonte en búsqueda de aquellos vehículos color verde olivo que representaban el fracaso. A los quince era lo que los gringos, en su patética necesidad de taxonomía, llamarían un "pollero junior": guiaba grupos pequeños por veredas invisibles para los satélites pero evidentes para quienes sabían leer las entrañas del desierto.

A los veinte, Abundia ya comandaba su propia red, un imperio construido sobre la paradoja de una mujer que aprovechaba la misoginia del oficio para hacerse invisible ante las autoridades. ¿Quién sospecharía de una mujer menuda, de tez cobriza y sonrisa ancha, capaz de cruzar más almas que Caronte sin que su barca—una Van Chevrolet del 92—despertara la más mínima sospecha?

—Mi negocio —explicaba a las novatas de Santa Águeda con la paciencia didáctica de quien ha descubierto una verdad universal— es el transporte de posibilidades. Yo no muevo cuerpos; muevo futuros alternativos.

Lo que distinguía a Abundia de la fauna de coyotes y polleros que pululaban en la frontera era su enfoque. Si ellos operaban como carniceros, ella trabajaba como relojera suiza: precisa, meticulosa, consciente de que cada pieza humana debía encajar perfectamente en el mecanismo de la migración clandestina.

—A mis paquetes —decía con una ironía cruel pero honesta— los trato bien no porque sea buena persona, sino porque soy buena empresaria. Un migrante maltratado es un migrante que habla. Y en este negocio, las palabras pesan más que las balas.

Sus casas de seguridad no eran pocilgas, sino escuelas de actuación donde transformaba campesinos guatemaltecos en obreros de construcción texanos, donde maestras salvadoreñas aprendían a ser mucamas invisibles, donde médicos venezolanos ensayaban frases en inglés para convertirse en lavaplatos eficientes. La metamorfosis no era solo física; era ontológica.

—En el mundo de los gringos, ustedes no existen —les advertía—. Son sombras con pulso. Aprendan a moverse como fantasmas, a hablar como ecos, a trabajar como hormigas: siempre visibles en el conjunto, nunca identificables en lo individual.

Sus rutas eran poemas escritos sobre la tierra inhóspita: tres caminos principales como los actos de una tragedia griega, siete alternos como los pecados capitales que ella enumeraba cada noche antes de dormir, no para arrepentirse sino para perfeccionarlos. Conocía cada piedra, cada cactus, cada depresión del terreno. El desierto, para otros horno crematorio, era para ella un tablero de ajedrez donde los peones eran seres humanos y las reinas, las camionetas de la Border Patrol que ella esquivaba con la elegancia de una bailarina macabra.

La caída de Abundia comenzó como todas las tragedias mexicanas: con un acto de codicia disfrazado de compasión. Febrero, ese mes donde el desierto exhibe su esquizofrenia térmica: cuarenta grados al mediodía, bajo cero durante la noche. Abundia guiaba personalmente a un grupo que rompía todas sus reglas: quince hondureños, entre ellos tres niños y un anciano diabético que pagó el triple de la tarifa estándar. El hombre traía a sus dos nietos, huérfanos de un padre asesinado por las maras y de una madre devorada por el Río Bravo en un intento anterior.

Abundia, que como buena mexicana creía en todo menos en los límites morales, accedió a cruzarlos no por solidaridad centroamericana —concepto que despreciaba como invención de intelectuales de izquierda—, sino porque el viejo había pagado con dólares canadienses, más estables que los estadounidenses en el mercado negro de la esperanza transfronteriza.

La tormenta que los sorprendió en el Pinacate no fue un simple capricho meteorológico; fue la manifestación del México profundo, ese México subterráneo que se rebela periódicamente contra la artificialidad de las fronteras impuestas desde Washington. Una lluvia horizontal, furiosa, cargada de arena y recuerdos prehispánicos, los dispersó como semillas de diente de león en un huracán.

Al amanecer, el balance era previsible para cualquiera excepto para los involucrados: el anciano yacía tras un peñasco, sus ojos abiertos mirando hacia un norte que ya no necesitaba alcanzar, su insulina agotada como su paciencia con la vida. De la nieta, Esperanza —nombre tan obvio que parecía una broma del destino—, no quedaba rastro más que unas sandalias rosadas medio enterradas en la arena.

—Hay que seguir —dictaminó Abundia con esa frialdad institucional que los Estados Unidos aplican a sus políticas migratorias y que ella había aprendido a imitar con escalofriante precisión—. El desierto no espera y la migra tampoco.

Pero el hijo del muerto, padre del otro niño sobreviviente, se opuso con una dignidad que resultaba tan incongruente en ese escenario como un tratado de derechos humanos en un centro de detención de ICE:

—Mi padre merece una tumba y mi sobrina está ahí afuera.

Abundia extrajo su pistola con la naturalidad de quien saca un pañuelo para limpiarse el sudor. El disparo resonó como un comentario sarcástico sobre la condición humana en la frontera. La bala perforó limpiamente la pierna derecha del hombre, un daño calculado: suficiente para doblegarlo, insuficiente para inutilizarlo como mercancía laboral futura.

—Ahora decide: ¿vienes arrastrándote como la serpiente que cruza bajo el muro, o te quedas a pudrirte como la piedra que nadie mueve?

La denuncia que el hombre interpuso en Phoenix habría quedado sepultada bajo la montaña de expedientes migratorios si no fuera porque el cadáver de la pequeña Esperanza apareció tres días después, con un mensaje escrito en la arena junto a su cuerpo: su nombre, como una acusación póstuma contra un sistema donde la esperanza es la primera y última víctima.

La detención de Abundia en la garita de Tijuana tuvo algo de ceremonia azteca: sacrificaron a la intermediaria para mantener intacto el sistema. Las autoridades mexicanas la exhibieron como prueba de su compromiso con la lucha contra el tráfico humano; las estadounidenses aplaudieron sin hacer nada para desmantelar la maquinaria que hacía necesaria la existencia de personas como ella.

Durante el juicio, Abundia demostró por qué la frontera produce los mejores actores del continente: habló de su negocio con la asepsia de un gerente de logística, describió sus rutas con la precisión de un geógrafo, calculó sus ganancias con la transparencia de un contador honesto. Cuando el juez le preguntó si sentía remordimiento por la muerte de la niña, respondió con una sinceridad que resultó más perturbadora que cualquier mentira:

—Si llorara por cada migrante que el desierto se traga, mis lágrimas formarían otro Río Bravo. Y ese río, señor juez, también se lo tragaría a usted cuando vaya de vacaciones a Cancún.

La sentencia de veintitrés años no fue producto de la justicia sino de la aritmética: un año por cada vida que las autoridades pudieron comprobar que transportó, más cinco por la niña. Abundia colaboró dando nombres, rutas, casas de seguridad. No por arrepentimiento, sino porque entendía que en la economía carcelaria la información es la única moneda que no se devalúa.

En Santa Águeda, Abundia camina como si el patio fuera otra frontera por conquistar. Su cuerpo menudo proyecta una sombra desproporcionada sobre el concreto. Las demás reclusas se apartan a su paso no por miedo, sino por respeto atávico: reconocen en ella al chamán moderno que todavía puede encontrar pasadizos entre mundos aparentemente irreconciliables.

La directora del penal, esa burócrata meticulosa que aplica reglamentos como si fueran bálsamos para heridas supurantes, la convocó una vez a su oficina. Le ofreció reducción de condena a cambio de información sobre túneles y métodos de escape. Abundia, cuyos ojos habían visto más fronteras que todos los satélites de la NASA juntos, respondió con una sonrisa que podría haberse interpretado como sumisión si no fuera por el destello de desprecio en su mirada:

—¿Me está pidiendo que delate a mis hermanos coyotes? ¿Los únicos que ofrecen servicios públicos donde el Estado ha desaparecido? Mejor use Google Maps, directora. El algoritmo también discrimina, pero al menos no pretende tener conciencia.

Por las noches, su celda se convierte en una moderna caverna de Platón: las reclusas se agolpan para escuchar historias donde la frontera aparece no como barrera sino como protagonista, un ser vivo que respira, devora y, ocasionalmente, perdona. Abundia narra con la cadencia de un corrido norteño y la profundidad de una novela de Gabriel García Márquez:

—Hubo una vez un niño salvadoreño que cruzó solo, siguiendo las instrucciones que su madre le había tatuado en el antebrazo izquierdo. No el derecho, porque los gringos siempre revisan ese primero. El niño llegó a Houston sin un rasguño, mientras docenas de adultos quedaron en el camino. ¿Saben por qué? Porque el desierto respeta más a quienes todavía no tienen edad suficiente para temerle.

Una noche, una reclusa recién llegada —antigua maestra de primaria condenada por activismo político— se atrevió a formular la pregunta que todas pensaban pero ninguna pronunciaba:

—¿No sientes culpa, Abundia? ¿No te quita el sueño la gente que sufrió por tu causa?

Abundia encendió un cigarrillo contrabandeado con la misma parsimonia con que la civilización occidental enciende fronteras y luego se queja del humo. Dio una calada profunda, como si quisiera absorber no solo la nicotina sino también la inocencia de la pregunta, y respondió:

—La frontera no existe para separar países, maestra. Existe para que los políticos del norte tengan de qué quejarse en campaña y los del sur tengan a quién culpar por sus fracasos. Y nosotros, los coyotes, somos el lubricante necesario para que la hipocresía binacional siga funcionando —exhaló una columna perfecta de humo—. En cuanto al sufrimiento... el desierto es como la revolución: devora a sus hijos sin preguntar sus nombres. Yo solo cobro por señalar el camino. Si el camino es una mierda, pregúntele al que dibujó el mapa, no al que lo lee en voz alta.

Los guardias de Santa Águeda han desarrollado una obsesión particular: cada semana revisan las paredes de su celda en busca de mapas. Encuentran dibujos imposibles, geografías que no corresponden a ningún lugar conocido: pasadizos subterráneos que conectan Tapachula con Detroit, túneles que atraviesan el centro de la Tierra desde Tegucigalpa hasta Los Ángeles, cordilleras que se transforman en puentes sobre el Río Bravo. Borran los dibujos con pintura industrial. Vuelven a aparecer al día siguiente, como si la pared misma los secretara durante la noche.

—No soy yo quien los dibuja —explica Abundia cuando la acusan—. Es el insomnio colectivo de América, que no encuentra reposo desde que Colón confundió la dirección y nos jodió a todos.

Cada seis meses, con la puntualidad de las estaciones, Abundia recibe correspondencia. Sobres de todos tamaños y colores, con sellos de dos naciones y caligrafías tan diversas como los dialectos que cruzan la frontera. Algunas cartas contienen gratitud: fotos de familias reunidas, recién nacidos en suelo estadounidense, graduaciones universitarias de quienes cruzaron siendo niños. Otras contienen odio destilado: maldiciones en tres idiomas, recuerdos de quienes quedaron atrás, acusaciones de traición. Abundia las lee todas con la misma expresión impenetrable, como si estuviera revisando un pronóstico del tiempo para una ciudad que nunca visitará.

Luego las quema. El ritual es siempre el mismo: espera la hora más caliente del día, cuando el sol convierte el patio de la prisión en una sucursal del infierno, y prende fuego a las misivas usando un encendedor que oculta en la cavidad de un Cristo hueco que le regaló una monja arrepentida.

—El papel —explica a quien quiera escuchar— arde mejor cuando está seco de esperanza. Como los huesos de los que se quedan en el camino.

En su celda, adherida con pasta dental a la pared que da hacia el norte, conserva una única fotografía: treinta y siete personas de siete nacionalidades distintas, sonriendo frente a un Walmart de Arkansas. La llama "mi generación graduada". En el reverso, una caligrafía infantil reza: "Gracias por darnos alas, coyota". Abundia la contempla cada noche antes de dormir, no por nostalgia ni por orgullo, sino como quien revisa un balance contable al final de una jornada particularmente productiva.

Hace unos meses, una guardiana nueva —oriunda de Chiapas, con ese acento que hace que la "s" suene como disculpa anticipada— le preguntó si pensaba volver al oficio cuando cumpliera su condena. Para entonces, Abundia tendría casi sesenta años, esa edad en que las mujeres mexicanas suelen desaparecer de la narrativa nacional para convertirse en sombras que preparan tortillas y crían nietos.

Abundia miró hacia el horizonte visible desde el patio, esa línea imprecisa donde el cielo parece acostarse sobre la tierra en un acto de amor imposible, y respondió:

—La frontera siempre necesita guías, muchacha. Y los perdidos siempre necesitan camino. Mientras haya muros, habrá quien cobre por mostrar las puertas invisibles —se pasó la mano por el cabello entrecano, gesto que en otra mujer habría parecido coquetería y en ella era pura evaluación táctica —. Además, cuando salga, el negocio será más fácil: ya no tendremos que cruzar personas al norte, sino gringos jubilados al sur. Los yanquis vienen huyendo de su propio sueño americano como nosotros huíamos de nuestra pesadilla latina. La historia no se repite, pero siempre cobra el mismo peaje.

La guardiana se persignó, gesto atávico de una nación que sigue buscando en el cielo respuestas a preguntas que nacen de la tierra. Abundia sonrió, mostrando un colmillo de oro que brillaba como un sol en miniatura. Su negocio nunca fue el tráfico de personas, como afirmaba su expediente judicial. Su mercancía siempre fue la esperanza, ese combustible que mueve a la humanidad desde que bajamos de los árboles y que, en Santa Águeda o en el desierto, se cotiza más caro que el petróleo y es aún más inflamable.

Porque México, ese país donde nacimos todos los que tenemos el corazón partido en dos idiomas, no es una nación: es una herida abierta. Y Abundia, como buena hija del desierto, simplemente cobra por señalar el camino más corto hacia la sutura.

Capítulo 8

Gracia la devota

Dicen que la fe mueve montañas, pero nadie advierte que también puede mover dinero. Al menos eso es lo que Gracia Palomo descubrió cuando tenía apenas doce años y recuperó milagrosamente la visión frente a una virgen de yeso en un templo de Guanajuato, después de que su padre le susurrara al oído: "Si no ves ahora, nos quedamos sin comer un mes."

Gracia no era ciega, solo era, como ella misma definiría años después, "una intérprete de la realidad espiritual que a veces requiere cierta teatralidad para hacerse entender". Lo cierto es que aquel día, entre el humo del incienso y los jadeos de los feligreses, Gracia saltó de su silla, abrió los ojos —que llevaba cerrados desde que subió al autobús—, y señaló a la estatua de la Virgen gritando: "¡Te veo, Madre piadosa, tu manto es azul como el cielo!".

La estatua, en realidad, lucía un manto verdoso debido a la humedad, pero nadie se atrevió a corregirla. Desde ese día, Gracia y su padre recorrieron iglesias y santuarios con una historia perfeccionada: la niña que había quedado ciega tras presenciar un asesinato, pero que la misericordia divina había sanado justo allí, en ese templo particular, con esa imagen concreta, a esa hora exacta.

Las limosnas llovieron. Los sacerdotes más crédulos (o los más cínicos) la invitaban a dar testimonio. Su padre recolectaba los billetes mientras ella, con voz quebrada y mirada al infinito, describía cómo la Virgen le había devuelto no solo la vista, sino también "el don de ver lo que los demás no pueden ver".

Cuando su padre murió —irónicamente atropellado por un camión de peregrinos—, Gracia tenía veinte años y una carrera bien establecida. Ya no necesitaba fingir ceguera. Había evolucionado: ahora era mensajera directa de Santa Teresita, la Virgen de Guadalupe y, cuando la ocasión ameritaba un toque internacional, la Virgen de Fátima.

"Cada vidente tiene su estilo", explicaba a las principiantes que intentaban imitarla. "Bernadette era humilde, la niña de Fátima misteriosa, Juan Diego ingenuo... yo soy más... digamos, directa. Las santas me hablan como si fuéramos comadres."

Y vaya que le hablaban. Le susurraban dónde construir capillas, a qué hora celebrar novenas, qué colores usar en las veladoras, y —casualmente— a quién entregar los donativos. Porque Gracia nunca tocaba el dinero. Para eso había fieles administradores que gestionaban las ofrendas en fundaciones con nombres pomposos: "Manantial de Gracia Divina", "Luz de Esperanza Celestial", "Lágrimas de Misericordia".

Cada santuario que Gracia establecía seguía un patrón: primero, la aparición (preferiblemente en un lugar remoto pero accesible por carretera); luego, los primeros milagros (curas inexplicables de males inexistentes); después, la construcción de una ermita (financiada por algún político en busca de redención); y finalmente, el negocio complementario: agua embotellada bendita, llaveros con su imagen, playeras con su rostro impreso bajo el lema "Yo creo en Gracia".

Su imperio espiritual se extendía desde Chiapas hasta Sonora. Tenía fieles en Los Ángeles, Chicago y Nueva York. Enviaba mensajes grabados a las cárceles, a los hospitales y a los campos militares. En 2010 casi logra un encuentro con el Papa, pero el Vaticano, con su incómoda manía de verificar antecedentes, descubrió que su primera aparición mariana había ocurrido, sospechosamente, el mismo día que huyó de un reformatorio por robar las limosnas de una parroquia.

La caída de Gracia no vino por sus revelaciones, sino por sus inversiones. Una auditoría fiscal a sus fundaciones destapó una red de lavado de dinero tan compleja que un agente de Hacienda comentó: "Ni los narcos mueven el efectivo con tanta creatividad". Había cuentas en paraísos fiscales, empresas fantasma y donaciones cruzadas que terminaban financiando propiedades, yates y hasta una línea de ropa interior "bendecida por ángeles".

Cuando la aprehendieron en su mansión de Cuernavaca —modestamente llamada "El Pequeño Cielo"—, Gracia no mostró sorpresa. Estaba en su

jacuzzi, bebiendo champán y dictando el apocalipsis número veintidós a su secretaria.

—La Virgen me advirtió que esto pasaría —dijo a los agentes mientras se ponía una bata de seda—. Es una prueba. Como la de Job, pero con mejor hidratante.

El juicio fue un espectáculo. Sus seguidores acamparon frente a los juzgados. Algunos se flagelaban, otros hacían huelga de hambre. Una mujer llegó a crucificarse simbólicamente en un árbol, pero bajó a la hora para almorzar.

Gracia se presentó ante el juez con un vestido blanco y un rosario de perlas que, según ella, "sudaba aceite sagrado". Durante los alegatos, mantuvo los ojos entrecerrados, como si estuviera en trance. Cuando el fiscal presentó las pruebas de desfalco —más de treinta millones de pesos—, Gracia tuvo una convulsión y habló en un idioma extraño que su abogado tradujo como "arameo antiguo", pero que un lingüista presente identificó como "español al revés con acento inventado".

—Las almas puras son siempre perseguidas —declaró, cuando recuperó el habla normal—. Jesucristo fue acusado por los mercaderes del templo... yo soy acusada por los mercaderes de las leyes.

El juez no se inmutó. Con la serenidad de quien ha visto artimañas mejores, la condenó a quince años por fraude, evasión fiscal, abuso de confianza y manipulación religiosa con fines de lucro.

—Pero si la fe es libre —protestó Gracia mientras se la llevaban—. ¡Nadie puede ponerle precio a un milagro!

—En efecto —respondió el juez—. El problema es que usted sí lo hizo.

En Santa Águeda, Gracia encontró un nuevo rebaño. Las reclusas más desesperadas veían en ella una conexión con lo divino. Las más escépticas, un entretenimiento de primera. Las guardias, un dolor de cabeza constante.

Su celda se convirtió rápidamente en un santuario improvisado. Había estampas pegadas con pasta de dientes, flores hechas con papel higiénico teñido con café, y una virgen tallada en jabón que supuestamente lloraba cada vez que había inspección.

Gracia adaptó su negocio a la nueva realidad. Ya no vendía aguas milagrosas, sino "bendiciones de almohada" que garantizaban sueños premonitorios. No organizaba peregrinaciones, sino "procesiones de expiación" alrededor del patio. No recibía donativos en efectivo, sino en especie: cigarrillos, comida, favores, protección.

A las violentas les ofrecía indulgencias. A las abandonadas, mensajes del más allá. A las condenadas a cadena perpetua, visiones del paraíso. Todas pagaban: unas con servicio, otras con lealtad, las más ingenuas con todo lo que tenían.

La directora del penal intentó separarla del resto de la población, pero tres guardias amenazaron con renunciar si la trasladaban. Ellas también eran

devotas. Una incluso le llevaba las uñas de sus hijos para que las bendijera contra el mal de ojo.

Una mañana de domingo, mientras dirigía una sesión de "liberación espiritual colectiva" —que sospechosamente coincidía con la hora de cambio de guardia—, la celadora nueva le preguntó:

—¿De verdad crees en todo esto, o solo lo haces por manipular?

Gracia la miró como quien mira a un niño que ha hecho una pregunta obvia.

—¿Acaso importa? La fe es como el dinero: funciona aunque no creas en ella.

Y continuó su letanía, mientras las reclusas se balanceaban en trance, algunas llorando, otras riendo, todas pagando de una forma u otra por ese momento de olvido, por esa pausa en su condena, por esa dosis de esperanza que, como toda droga, se acabaría pronto y las dejaría con más sed que antes.

En su celda, cuando nadie la veía, Gracia llevaba una contabilidad meticulosa. No de dinero, sino de almas. Cada conversión, cada milagro, cada promesa cumplida o rota. Lo anotaba todo en un cuaderno forrado con papel metalizado que protegía bajo su colchón.

A veces, en la noche, se le escuchaba murmurando números. No eran rezos ni oraciones. Eran cálculos. Porque Gracia, en el fondo, sabía que la fe también es matemática: la suma de miedos, la resta de voluntades, la multiplicación de esperanzas y la división exacta entre lo que se promete y lo que se da.

Una doctora del penal, durante una revisión de rutina, le preguntó si realmente creía en los milagros.

—Claro que sí —respondió Gracia con una sonrisa serena—. El mayor milagro es que la gente siga creyendo después de cada decepción.

La doctora anotó "trastorno de personalidad con rasgos de manipulación y mitomanía". Gracia, al leer el expediente a hurtadillas, solo sonrió. La ciencia también era una religión. Solo que con menos incienso y más formularios.

Gracia sabe que saldrá de Santa Águeda algún día. Y que afuera la esperan fieles que habrán multiplicado su leyenda. Porque eso es lo que hace la cárcel con los santos autoproclamados: los vuelve mártires. Y los mártires siempre venden mejor que los profetas.

Mientras tanto, cada noche, antes de dormir, reza una oración que ella misma inventó:

"Gracias por esta gracia, que es vivir de la Gracia, que es la gracia de vivir sin más gracia que la de saber que la gracia es creer en cualquier gracia que alguien pronuncie con gracia."

Y se duerme sonriendo porque, como ella misma dice, "cuando se vive de la fe ajena, todos los días son domingo de resurrección... para el bolsillo".

Capítulo 9

Delia la asesina

Delia Montes nunca había planeado matar a nadie. El asesinato, como el matrimonio o la contabilidad, le parecía algo que hacían los demás: una actividad ajena, tediosa y llena de complicaciones innecesarias. Pero la vida —ese dramaturgo ebrio— tiene un sentido del humor tan retorcido como preciso, y a sus cuarenta y dos años, Delia acumulaba ya cinco cadáveres en su haber, todos ellos con la misma expresión de sorpresa, como si la muerte fuera un chiste que no habían entendido.

"Fue por accidente", le explicó al juez con la misma calma con que una señora explica por qué devuelve un vestido a la tienda. "El primero resbaló con la sangre del perro." El magistrado, que llevaba tres décadas escuchando excusas, arqueó tanto las cejas que casi se le fusionaron con el nacimiento del cabello.

El perro, hay que aclararlo, tampoco murió por voluntad de Delia. El animal —un chihuahua neuróticamente fiel a su dueño— había intentado defender al esposo de Delia, Artemio, cuando ella le lanzó la licuadora. El proyectil doméstico no solo despachó al can, sino que creó un charco carmesí tan perfecto que cuando Artemio corrió a ver qué había pasado, patinó con la elegancia de un borracho en pista de hielo y se estrelló contra la esquina del aparador de caoba que su madre les había regalado "para cuando tuvieran visitas importantes".

La autopsia reveló que Artemio murió por traumatismo craneoencefálico severo. La licuadora, por cierto, sobrevivió con apenas un rasguño en la base, lo que dice mucho sobre la calidad de los electrodomésticos nacionales.

—¿Y los otros cuatro? —preguntó el juez, revisando el expediente como quien lee un menú particularmente extravagante.

Delia se acomodó el pelo, ese pelo negro y lacio que en su juventud le había ganado comparaciones con Cleopatra, y ahora, con sus primeras canas, la hacía parecer más bien una Medusa jubilada.

—Coincidencias —dijo, y lo peor es que parecía sincera—. En la vida hay patrones que se repiten si uno no les presta atención.

El segundo muerto fue un vendedor de seguros. Bernardo Lamas llegó a casa de Delia tres meses después del "accidente" de Artemio. Para entonces, la viuda ya había cobrado la póliza (que irónicamente el propio Artemio había contratado en un ataque de responsabilidad familiar) y vivía modestamente en una casa más pequeña en Iztapalapa. Bernardo, con su traje azul marino y su maletín de cuero sintético, quería venderle un nuevo seguro.

—Ahora que está sola, señora, una necesita mayor protección —le dijo, sin saber que estaba firmando su propia esquela.

Delia le ofreció café. Él aceptó, sin azúcar. Mientras ella preparaba la bebida, el vendedor paseó la mirada por la sala, notando la ausencia de fotos del difunto. Lo que no sabía es que Delia había empacado todos los recuerdos de Artemio en cajas que guardaba en el clóset, no por dolor, sino porque le molestaba que la miraran, incluso desde el papel fotográfico.

Cuando Bernardo bebió el primer sorbo de café, hizo una mueca extraña.

—¿Qué le puso?

—Azúcar —mintió ella.

—Le dije sin azúcar —tosió él—. Soy diabético.

Resultó que Delia, distraída, había confundido el azúcar con un raticida que guardaba en un frasco similar. Para cuando llegó la ambulancia, Bernardo ya había pasado a mejor vida, con el maletín aún abierto y un contrato a medio llenar sobre la mesita de centro.

El tercer incidente ocurrió en el supermercado. Un joven cajero, Pedro, había cometido el error garrafal de preguntarle a Delia si quería que le ayudaran a llevar las bolsas "porque ya estaba grande". Ella, que odiaba cualquier referencia a su edad casi tanto como odiaba las películas de superhéroes, respondió con un "no, gracias" tan gélido que habría congelado el infierno. Pero el muchacho insistió, la siguió hasta el estacionamiento y, al tratar de quitarle una bolsa para "ayudarla", provocó que Delia tropezara.

El carrito de compras, que estaba mal frenado, comenzó a rodar cuesta abajo. Pedro corrió tras él, pero no vio venir el camión de reparto que doblaba la esquina a mayor velocidad de la permitida. El impacto fue tan brutal que la gente que almorzaba en el restaurante de enfrente perdió el apetito de golpe.

—Fue terrible —declaró Delia en la comisaría, secándose una lágrima invisible—. Si tan solo me hubiera dejado cargar mis propias bolsas...

El cuarto muerto ya empezaba a generar sospechas. Manuel Cifuentes, inspector de Hacienda, visitó a Delia para una auditoría rutinaria. Ella tenía una pequeña tienda de ropa usada y, como buena mexicana, llevaba dos contabilidades: la real y la oficial. El inspector, con esa mezcla de prepotencia y servilismo tan propia del funcionario menor, le advirtió que había "irregularidades".

—Pero podemos arreglarlo —añadió con una sonrisa que pretendía ser cómplice pero resultaba obscena.

Delia lo invitó a pasar al patio trasero, donde tenía una pequeña bodega con mercancía. El inspector la siguió, oliendo ya su comisión no declarada. Lo que no olió fue el alambre que Delia había dejado tenso a la altura de los tobillos, un remanente de cuando intentó criar conejos el mes anterior. Cifuentes tropezó, cayó de cabeza contra el filo de un anaquel metálico y no volvió a preocuparse por evasiones fiscales.

—¿Quién pone un alambre así? —preguntó el policía que acudió al llamado.

—Era para los conejos —explicó ella—. Se me escapaban.

El quinto y último caso, el que finalmente la llevó a Santa Águeda, fue el más sospechoso. Octavio Rendón, vecino y eventual pretendiente, llevaba meses intentando salir con Delia. Le llevaba flores que ella ponía en agua con la misma emoción con que uno pone a remojar los frijoles. Le regalaba chocolates que ella comía metódicamente, como quien toma una medicina. La invitaba al cine y ella aceptaba, pero elegía siempre la función más tardía y se quedaba dormida a los diez minutos.

Aquella tarde de julio, Octavio la invitó a cenar en su casa. Había preparado chiles en nogada, el plato favorito de Delia. Ella llevó un vino tinto barato y una sonrisa aún más económica. Cenaron en silencio, apenas interrumpido por los cumplidos de él hacia la comida que él mismo había preparado.

Cuando Octavio se acercó para besarla, Delia retrocedió tan bruscamente que tiró la botella de vino al piso. El cristal se rompió con un tintineo casi musical.

—Disculpa —dijo él—. No quise incomodarte.

—No te preocupes —respondió ella, agachándose para recoger los vidrios.

Lo que siguió fue reconstruido por los peritos forenses con una precisión que haría sonrojar a un relojero suizo. Aparentemente, Delia recogió un trozo particularmente grande de vidrio. Octavio se acercó para ayudarla. Ella se levantó de improviso. El trozo de vidrio encontró la yugular de Octavio con una precisión que parecería intencional. La sangre brotó con la fuerza de un geiser, manchando las cortinas color crema que tanto orgullo le daban al ahora difunto.

Esta vez, los vecinos que habían escuchado el grito de agonía llamaron a la policía antes de que Delia pudiera siquiera intentar una explicación creíble.

En la sala de interrogatorios, el detective a cargo la miró largamente antes de hablar.

—Cinco muertos en tres años. Todos hombres. Todos relacionados con usted. Todos por "accidente".

Delia se encogió de hombros con la indiferencia de quien comenta el clima.

—La estadística es cruel, detective. Algunas personas atraen la mala suerte.

—O la fabrican —replicó él.

En Santa Águeda, Delia se adaptó con una facilidad inquietante. No se unió a ningún grupo, no buscó protección, no estableció alianzas. Simplemente existía, como una planta de interior a la que nadie presta mucha atención pero que sobrevive a todo. Las otras reclusas la evitaban, no por miedo, sino por esa sensación extraña que produce estar cerca de alguien que parece no necesitar a nadie.

La psicóloga del penal, la misma que había intentado en vano que Lencha escribiera cartas de arrepentimiento, dedicó sesiones enteras a tratar de entender el caso de Delia.

—¿Odiaba a los hombres? —le preguntó un día, directamente.

—No más que al resto de la humanidad —respondió Delia con la calma de quien comenta el sabor de una sopa.

—¿Entonces por qué todos eran hombres?

—Supongo que las mujeres saben cuándo retroceder —dijo, y por primera vez, algo parecido a una sonrisa asomó a sus labios.

En su celda, Delia mantiene un orden casi enfermizo. Cada objeto en su lugar, cada rutina cronometrada, cada movimiento calculado. Las guardias la consideran una interna modelo, aunque ninguna quiere quedarse a solas con ella demasiado tiempo. Hay algo en sus ojos, una ausencia, un vacío que no es maldad sino algo peor: indiferencia absoluta.

A veces, en las noches, cuando el silencio se espesa en los pasillos de Santa Águeda, Delia se sienta en su litera y saca un cuaderno de debajo del colchón. En él no hay confesiones, ni lamentos, ni justificaciones. Solo listas. Listas de compras nunca hechas, listas de lugares nunca visitados, listas de nombres tachados y otros que siguen intactos.

Y si uno pudiera ver dentro de su cabeza, notaría que en ella no hay culpa, ni remordimiento, ni satisfacción. Solo un espacio vacío donde alguna vez hubo emociones, un hueco perfecto en forma de alma que no duele porque ya no queda nada que pueda sentir dolor.

Porque Delia no mata por pasión, por codicia o por venganza. Mata porque, en su particular visión del mundo, es la forma más eficiente de resolver problemas. Como quien aplasta una cucaracha o tira comida echada a perder. Sin ceremonia, sin placer, sin culpa.

Y quizás eso es lo más aterrador de su historia: que los monstruos reales no vienen con colmillos ni garras, sino con una lógica implacable que hace que sus actos, por horribles que sean, parezcan casi razonables si uno los mira desde el ángulo adecuado.

De todos los especímenes que habitan la Pensión para señoritas de Santa Águeda, quizás Delia sea la más peligrosa. No porque sea la más violenta, la más cruel o la más astuta, sino porque es la única que realmente no entiende por qué está ahí.

—Cada uno de ellos tuvo mala suerte —insiste cuando alguien le pregunta.

Y mientras dibuja en su cuaderno flores perfectamente simétricas con un lápiz sin punta, se pregunta por qué la suerte de los demás siempre acaba siendo culpa suya.

Capítulo 10
Sofía la inocente

Cuando Sofía Rendón ingresó a Santa Águeda, las guardias intercambiaron miradas de incredulidad. No por sus delitos —en el penal habían visto cabos sueltos de todas las historias posibles—, sino por su cara. Esa cara de virgen de altar, pómulos altos y mirada limpia como agua de manantial, parecía fuera de lugar entre los rostros curtidos por la vida y la derrota que poblaban el Centro de Readaptación.

Sofía caminaba como pide prestado el aire, con pasos cortos y hombros encogidos, como si quisiera ocupar el menor espacio posible en el universo. Llevaba el cabello castaño trenzado al estilo de una colegiala, aunque sus treinta y dos años ya habían dejado atrás cualquier rastro de juventud académica. Sus manos, perpetuamente entrelazadas sobre el regazo, temblaban como hojas de álamo ante la menor provocación.

—¿Qué hace ésta aquí? —preguntó una reclusa veterana, escupiendo las palabras como si fueran huesos de aceituna—. ¿Se robó un dulce de la tiendita?

La realidad era considerablemente más complicada. El expediente de Sofía, grueso como tesis doctoral, narraba la historia de lo que los tabloides habían bautizado como "La Secta de los Ángeles", un grupo religioso alternativo que operaba en las afueras de Toluca. Sofía no era la líder, sino la colaboradora silenciosa, la que preparaba la comida, la que limpiaba después de las "ceremonias", la que nunca decía que no.

—Yo solo quería pertenecer a algo —le explicó a la psicóloga del penal, con voz tan tenue que casi parecía un pensamiento más que una confesión—. Desde niña soñaba con tener una familia grande.

La familia que encontró estaba encabezada por Esteban Quiroz, un ex seminarista que había descubierto que la teología rinde más cuando se la inventa uno mismo. Combinando pasajes bíblicos con astrología barata, rituales prehispánicos mal investigados y una filosofía new age que había absorbido en un retiro espiritual en Tepoztlán, Esteban había creado un culto a la medida de sus necesidades: financieras, sexuales y megalómanas.

Sofía lo conoció en la florería donde trabajaba. Él entró a comprar lirios para una ceremonia y salió con algo más valioso: una devota instantánea.

—Tienes el aura de una elegida —le dijo, usando su voz de barítono ensayada, mientras ella envolvía los tallos en papel celofán—. He visto pocas almas tan puras como la tuya.

Nadie le había dicho nunca a Sofía que era especial. Criada por una tía que la consideraba una carga heredada, educada en colegios públicos donde era demasiado callada para ser notada, y pasando por trabajos donde su invisibilidad parecía su mayor cualidad, las palabras de Esteban cayeron en su corazón como lluvia en el desierto.

Una semana después asistió a su primera reunión de "Los Hijos de la Nueva Aurora", como se hacían llamar. Tres meses más tarde, había vendido su

modesto patrimonio —un departamento heredado de sus padres— y se había mudado a la comuna rural donde el grupo vivía en "santa comunidad".

—El dinero es energía estancada —le explicó Esteban—. Debe fluir para que la luz nos alcance.

Sofía ni siquiera pestañeó cuando la luz fluyó directamente hacia las cuentas bancarias de Esteban.

El grupo comenzó con rituales inofensivos: cantos al amanecer, ayunos ocasionales, meditaciones colectivas donde Esteban —rebautizado como "Maestro Orión"— canalizaba supuestos mensajes de entidades cósmicas que casualmente siempre reforzaban su autoridad. Pero como toda pendiente resbaladiza, lo que empieza con incienso y cristales puede terminar con sangre y cadenas.

Las primeras señales de alarma se encendieron cuando Esteban anunció que los ángeles le habían revelado que la purificación del grupo requería "compartir energías corporales". La traducción mundana: un harem rotativo con las mujeres más devotas. Sofía, que nunca había tenido una relación que durara más de tres citas, interpretó aquello como una forma de amor superior, liberado de los celos y las ataduras que, según Esteban, eran "grilletes para el espíritu".

Después vinieron los ayunos prolongados, las vigilias de setenta y dos horas, los "castigos purificadores" que consistían en aislar a los miembros que mostraban dudas en una cabaña sin ventanas a la que llamaban "El Útero de la Transformación".

Sofía obedecía. Siempre obedecía. Cuando vomitaba por la falta de alimento, lo interpretaba como "toxinas espirituales abandonando su cuerpo". Cuando sentía miedo, lo llamaba "el ego aferrándose a falsas seguridades". Cuando le ordenaban castigar a otros, lo veía como "un acto de amor superior que ayudaba a las almas a crecer".

—No matamos a nadie —insistía Sofía en sus sesiones terapéuticas en Santa Águeda—. Ellos decidieron trascender por su propia voluntad.

Los "trascendidos" fueron cinco en total. Tres mujeres y dos hombres que participaron en un ritual de "desprendimiento final". Según los informes forenses, murieron por deshidratación después de una semana encerrados en una cámara subterránea, rodeados de velas e incienso, mientras el resto del grupo cantaba día y noche para "facilitar su tránsito hacia dimensiones superiores".

Cuando la policía allanó el rancho, encontraron a Sofía barriendo hojas secas en el patio principal, serena como una mañana de primavera.

—¿Dónde están los cuerpos? —preguntó el comandante.

—¿Qué cuerpos? —respondió ella con genuina confusión—. Solo hay vehículos temporales abandonados. Ellos ya están en las estrellas.

Esteban, previsor como todo buen estafador espiritual, había huido dos días antes con los fondos comunitarios y tres de las devotas más jóvenes. Fue capturado meses después en un resort de Río de Janeiro, bronceado como caoba y con una nueva identidad: "Profesor Argos, sanador cuántico multidimensional".

En el juicio, el abogado de Sofía intentó la estrategia de manipulación psicológica y lavado de cerebro. Tenía todo para funcionar: una acusada con aspecto de oveja desorientada, un líder carismático claramente manipulador, y expertos en sectas que testificaron sobre los mecanismos de control mental. Pero hubo un detalle que destruyó la defensa: los diarios de Sofía.

Encontrados en una caja bajo su cama, los cuadernos contenían anotaciones meticulosas sobre cada "trascendido": cuánto tiempo aguantaron sin agua, qué alucinaciones reportaron antes de perder la conciencia, qué cambios físicos experimentaron. Escritos con una caligrafía perfecta, como de niña aplicada, incluían observaciones tan clínicas que hicieron estremecer al jurado:

"Día 5: Elena ya no puede hablar pero sus ojos siguen buscando algo en el techo. La deshidratación ha formado costras en sus labios que parecen pétalos secos. Su respiración es cada vez más superficial. Creo que está cerca del portal."

La fiscalía la presentó no como una víctima, sino como la observadora científica de un experimento macabro. La sentencia fue de treinta años por homicidio múltiple con agravantes de crueldad.

En Santa Águeda, Sofía desconcertaba a guardias y reclusas por igual. No protestaba, no lloraba, no exigía. Aceptaba cada regla, cada limitación, cada humillación con la misma serenidad imperturbable con que había aceptado las enseñanzas de Esteban. Pronto se convirtió en la ayudante perfecta: limpiaba sin que se lo pidieran, cedía su ración de postre, escuchaba los problemas ajenos con atención infinita.

—Es como una muñeca rota —comentó una guardia—. Sonríe y asiente, pero detrás de esos ojos no hay nadie en casa.

La psicóloga del penal, que había lidiado con asesinas, ladronas y estafadoras de toda índole, encontró en Sofía su mayor desafío profesional. No por agresiva, sino por lo contrario: por su docilidad absoluta.

—¿Sabes por qué estás aquí? —le preguntó en su décima sesión.

—Por ayudar a las almas a liberarse —respondió Sofía, como quien explica la receta de un pastel.

—Esas personas no querían morir, Sofía.

—Todo el mundo quiere liberarse del dolor de existir. Solo que algunos no saben expresarlo.

Esta lógica circular, perfectamente hermética, hacía que cualquier intento de terapia rebotara contra un muro de certezas inquebrantables.

A los dos años de su reclusión, Sofía había formado un pequeño grupo de seguidoras dentro del penal. Nada oficial, nada que alarmara a las autoridades. Simplemente reclusas que se reunían con ella en el patio para "meditar". Guardias que le pedían consejos para sus problemas personales. Una cocinera que separaba los mejores trozos de comida para ella.

—No está haciendo nada malo —argumentó una guardia cuando la subdirectora expresó preocupación—. De hecho, desde que llegó hay menos peleas en el módulo C.

Lo que las autoridades no sabían era que Sofía, con la paciencia de una araña, estaba tejiendo una telaraña de dependencia y devoción. No predicaba, no lideraba ceremonias, no se proclamaba iluminada. Simplemente estaba ahí, escuchando, consolando, ofreciendo explicaciones simples para el caos de la vida.

—El sufrimiento es una elección —le decía a Margot, una reclusa con tendencias suicidas—. Y elegir abandonarlo también lo es.

Una mañana de abril, una guardia encontró a Margot inconsciente en su celda. Había guardado sus medicamentos durante semanas para acumular una dosis letal. Junto a ella, una nota escrita con letra firme: "No es muerte. Es trascendencia."

Cuando interrogaron a Sofía, mantuvo la misma expresión serena de siempre.

—Yo solo la escuché —dijo—. Cada uno debe encontrar su propio camino.

La trasladaron a aislamiento preventivo mientras investigaban. En su celda encontraron otro diario meticuloso, con anotaciones sobre cada una de sus "seguidoras": sus miedos, sus debilidades, sus anhelos más profundos. Un manual de puntos de presión emocional.

Mientras la escoltaban al módulo de alta seguridad, una reclusa gritó:

—¡Sofía es inocente! ¡Ella solo nos muestra la verdad!

La verdad, pensó la psicóloga al revisar los nuevos diarios, era que Sofía nunca había sido víctima de manipulación. Era la manipuladora perfecta: invisible, paciente, capaz de pasar años sembrando semillas de destrucción con la sonrisa plácida de quien riega un jardín.

Hoy, en su celda de aislamiento, Sofía mantiene la misma rutina imperturbable. Se levanta al amanecer, medita durante una hora, come sin prisa, lee los libros religiosos que le permiten tener. Las guardias reportan que habla sola a veces, manteniendo largas conversaciones con presencias invisibles. Los médicos han intentado diversos medicamentos, diagnósticos, terapias. Nada parece penetrar esa coraza de serenidad.

—Es tan inocente que da miedo —comentó una vez un guardia veterano—. Como si realmente no entendiera que lo que hizo estuvo mal.

Y tal vez esa sea la verdad más aterradora sobre Sofía: que su inocencia no es fingida. Que realmente cree en cada palabra que dice. Que en su mente, ordenada como un reloj suizo, todo tiene perfecto sentido.

Cuando le preguntaron en su última evaluación psiquiátrica si se arrepentía de algo, Sofía levantó la mirada, clara como agua de manantial, y respondió con absoluta convicción:

—No se puede arrepentir de hacer el bien.

Y en esa respuesta, tan simple y tan monstruosa, estaba contenido todo el horror de la verdadera inocencia: aquella que no conoce la duda, que no siente culpa, que no comprende límites.

Porque Sofía no era malvada. Era algo peor: una convencida absoluta de su propia bondad, incluso cuando sus manos estaban manchadas de sangre.

Mientras las otras reclusas de Santa Águeda cargaban con el peso de sus crímenes —algunas con remordimiento, otras con orgullo, la mayoría con una mezcla confusa de ambos—, Sofía flotaba por encima de conceptos tan terrenales como culpa o redención. En su mente, cada muerte que había causado o facilitado no era un final sino un principio, no un crimen sino un regalo.

Y cuando las luces se apagan en el penal y el silencio se vuelve casi sólido, Sofía sonríe en la oscuridad con la placidez de quien ha encontrado todas las respuestas. Porque para ella, vivir o morir son solo detalles insignificantes en un plan cósmico que solo ella puede ver con claridad.

De todas las mujeres que habitan la Pensión para señoritas, quizás Sofía sea la única que realmente se siente libre.

Epílogo

Todas se lo merecían

El funeral de la directora Esther Montes de Oca fue exactamente como ella lo había planeado: austero, puntual y absolutamente desprovisto de lágrimas sinceras. Apenas once personas asistieron a la ceremonia —la mitad de ellas funcionarios enviados por obligación burocrática—, lo cual resultó perfectamente proporcional a la cantidad de afecto que la difunta había sembrado en sus setenta y ocho años de existencia.

El ataúd de pino económico descendió con un chirrido mecánico mientras el sacerdote consultaba disimuladamente su reloj. Tenía un bautizo a las once y los muertos, a diferencia de los recién nacidos, no lloran si los hacen esperar.

Lo que nadie sabía —salvo un puñado de personas recluidas en Santa Águeda— era que la directora no había fallecido por causas naturales, como anunció el comunicado oficial. La historia oficial mencionaba un derrame cerebral, lo cual era técnicamente cierto si omitimos que dicho derrame fue generosamente inducido por una combinación de medicamentos

administrados durante meses en cantidades minúsculas en su café matutino. Un cóctel farmacéutico tan ingenioso que ni la autopsia de rutina logró detectarlo.

A cuarenta kilómetros del cementerio, en el Centro de Readaptación Social para Mujeres de Santa Águeda, diez reclusas guardaban un minuto de silencio. No por respeto, sino para contener la risa.

—A la salud de la directora —susurró Lencha, levantando un vasito de plástico lleno de jugo de naranja contrabandeado del comedor—. Que le vaya igual de bien que a nosotras.

Las diez mujeres cuyos destinos habían quedado entrelazados bajo el techo de concreto y rejas de Santa Águeda habían formado, contra todo pronóstico, una hermandad. No la clase de hermandad que se basa en el afecto o la confianza —esos lujos escaseaban tanto como el agua caliente en las duchas—, sino una alianza pragmática sostenida por un objetivo común: la venganza.

La directora Montes de Oca había convertido el maltrato en arte y la humillación en rutina. Para ella, las reclusas no eran seres humanos sino expedientes con patas, números en informes mensuales, estadísticas para presumir en juntas interminables. Les negaba medicinas, las sometía a revisiones degradantes, vendía sus privilegios al mejor postor y, en ocasiones de inspiración particular, inventaba castigos que habrían hecho palidecer a un inquisidor medieval.

La idea surgió una noche de apagón, cuando las diez coincidieron en la enfermería. Cada una estaba allí por razones distintas: Lencha con una muela infectada, Rosario con jaqueca, Delia por un supuesto desmayo, Sofía por su revisión psiquiátrica mensual... Mientras esperaban en la penumbra a que volviera la luz, empezaron a hablar. Primero en susurros, luego con voces que fueron ganando volumen y convicción.

Cada una aportaría su talento particular:

Lencha, con dedos que podían encontrar venas a oscuras, administraría las dosis. Rosario diseñaría el plan para que los medicamentos parecieran recetados legítimamente. Julia y Amelia, con sus contactos en la farmacia exterior, conseguirían los ingredientes. Quica, que limpiaba la oficina de la directora, garantizaría el acceso diario a su café. Bertha manipularía los registros médicos para que todo pareciera preexistente. Abundia sobornó al forense para que no profundizara demasiado en la autopsia. Gracia rezaría —por si acaso Dios decide meter la nariz en asuntos penitenciarios. Delia aportaría su experiencia en "accidentes" letales pero plausibles. Sofía, con su cara de no romper un plato, sería la coartada perfecta para todas.

Todo ejecutado con la precisión de un reloj suizo y la paciencia de quien no tiene nada que perder salvo tiempo —y de ese, irónicamente, les sobraba.

Seis meses después, mientras una carroza fúnebre transportaba lo que quedaba de Esther Montes de Oca hacia su último reducto de poder (un

nicho en el cementerio municipal), diez mujeres brindaban con jugo de naranja y sonreían con la satisfacción de quien ha cerrado un ciclo.

—¿Saben qué es lo más divertido? —comentó Rosario, mientras se limaba las uñas con un trozo de concreto afilado—. Que técnicamente acabamos de rehabilitarnos. Hemos demostrado que podemos trabajar en equipo, establecer objetivos a largo plazo y cumplirlos con compromiso y disciplina.

La carcajada colectiva hizo que una guardia nueva se asomara al patio, confundida por ese sonido tan inusual en Santa Águeda.

—¿De qué se ríen? —preguntó, con la desconfianza de quien sospecha que cualquier alegría en la cárcel debe ser ilícita.

—De la rehabilitación, oficial —respondió Delia con una sonrisa educada—. Es un tema hilarante cuando lo piensas detenidamente.

La vida en Santa Águeda continuó su curso con la misma monotonía que un río sucio hacia el mar. Llegó un nuevo director, un hombre con bigote entrecano y traje mal ajustado que en su primer discurso prometió "mano dura y tolerancia cero". Las diez veteranas intercambiaron miradas conocedoras mientras asentían con fingida sumisión.

Ya habían aprendido la lección más valiosa que puede ofrecer el sistema penitenciario mexicano: que todo el poder es temporal, toda autoridad es vulnerable, y que diez mujeres sin nada que perder son más peligrosas que un arsenal completo.

En teoría, un centro de readaptación social debe transformar a sus inquilinas, moldearlas para reintegrarse productivamente a la sociedad. La ironía es que Santa Águeda lo había logrado, aunque no de la manera prevista en los manuales oficiales. Había convertido a ladronas individualistas, estafadoras solitarias, asesinas impulsivas y secuaces sin iniciativa en una organización criminal perfectamente coordinada, con especialidades diversificadas y un probado historial de eficacia.

Si el objetivo era enseñarles a funcionar dentro de las estructuras de la sociedad moderna, podría decirse que la misión estaba cumplida. Solo que la estructura elegida resultó ser más parecida a un cartel que a una cooperativa de bordado.

En una de esas noches en que el insomnio y las cucarachas son los únicos visitantes, Lencha le preguntó a Rosario mientras compartían un cigarrillo contrabandeado:

—¿Tú crees que todas nos lo merecemos? Estar aquí, digo.

Rosario exhaló una nube de humo que dibujó espirales fantasmales bajo la luz mortecina.

—Todas nos merecemos algo, Lencha. La pregunta es qué. Yo me merecía un programa en Shark Tank, y no esta celda. Tú te merecías un concierto en el Auditorio Nacional con esos dedos prodigiosos. Delia se merecía ser cirujana. La Güera Jacinta debió ser General del Ejército, con esa estrategia

que tiene. Sofía podría haber sido la próxima líder de una religión millonaria.

—Entonces estamos aquí por error —concluyó Lencha.

—No, querida —Rosario aplastó la colilla contra la pared, donde se unió a una constelación de marcas similares—. Estamos aquí por el único pecado imperdonable en México: ser mujer y no pedir permiso.

Cuando la nueva psicóloga del penal, recién egresada y llena de teorías contemporáneas sobre rehabilitación, preguntó en la sesión grupal qué habían aprendido durante su estancia en Santa Águeda, las diez intercambiaron miradas cómplices.

Fue Sofía, con su voz de terciopelo rasgado, quien respondió por todas:

—Aprendimos que la justicia no existe, licenciada... pero la venganza es un plato que sabe mejor cuando se sirve en vasos de plástico y con pajitas de colores.

La psicóloga parpadeó confundida, sin entender la referencia al café envenenado de la directora. Anotó algo en su libreta sobre "metáforas incoherentes" y "procesamiento simbólico deficiente".

Si hubiera sabido leer entre líneas, habría solicitado su traslado inmediato.

En el expediente oficial, las diez figuran como casos de rehabilitación "en progreso". Sus evaluaciones periódicas muestran conducta ejemplar, participación en talleres ocupacionales y ningún incidente disciplinario grave. Lo que los informes no registran son las reuniones nocturnas, los planes susurrados, la microeconomía paralela que han establecido, el sistema de información que controla cada rincón del penal.

Santa Águeda ya no es una prisión para ellas. Es su reino, su laboratorio, su escuela de posgrado en supervivencia y poder. El verdadero castigo sería devolverlas a la sociedad que las descartó, donde tendrían que empezar desde cero, sin la reputación y el respeto ganados a pulso entre rejas.

Por eso, cuando llegan las fechas de revisión de sentencias y posibles libertades anticipadas, ninguna muestra demasiado entusiasmo. Como dijo una vez Delia, mientras plantaba hierbas medicinales (y algunas no tanto) en el huerto comunitario:

—Afuera hay que pagar renta, aguantar jefes y fingir que una cree en la democracia. Aquí, al menos, la hipocresía tiene paredes visibles.

En la última Navidad, durante la visita anual del gobernador —esa tradición donde políticos con trajes caros reparten cobijas sintéticas y promesas más delgadas que el atole institucional—, las diez mujeres posaron sonrientes para la foto oficial. Detrás del funcionario, sus manos formaban señas obscenas que ningún fotógrafo se atrevió a mencionar.

La imagen apareció en la primera plana del periódico local, con el titular: "Exitoso programa de reinserción social en Santa Águeda". Un chiste tan

negro que habría hecho reír hasta a los muertos en la fosa común del patio trasero —esos que oficialmente no existen en ningún registro.

Y así, mientras el mundo exterior sigue creyendo en cuentos de redención y justicia, diez mujeres continúan tejiendo su red desde las sombras, esperando pacientemente. No la libertad —ese concepto sobrevalorado—, sino el momento preciso para demostrar que Santa Águeda no es el final de sus historias, sino apenas el entrenamiento para lo que viene después.

Porque si algo han aprendido en ese limbo de concreto es que la única diferencia real entre el crimen y la ley es quién tiene la pluma para escribir el código penal.

La verdad, como susurra Rosario en las noches de lluvia mientras cuenta el dinero de sus negocios intramuros, es que en este país no hay criminales ni inocentes, solo ganadores y perdedores. Y ellas, contra todo pronóstico, se han negado a perder.

Todas se lo merecían, claro que sí. Pero no la prisión.

Se merecían el mundo.

Y quizás, cuando menos lo espere la sociedad que las condenó al olvido, saldrán a reclamarlo.

Mientras tanto, en Santa Águeda, diez mujeres brindan con jugo de naranja cada aniversario de la muerte de la directora, sonríen para las cámaras oficiales, asisten puntualmente a los talleres de reinserción... y esperan.

La paciencia, después de todo, es la virtud de los depredadores.

—FIN